

PLANETA EN SUBASTA

glenn parrish

CIENCIA FICCION



GLENN PARRISH

PLANETA EN SUBASTA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 291



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B.599 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: MARZO, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

CAPITULO PRIMERO

En el puente de mando de la astronave, los ojos del oficial de guardia captaron repentinamente la imagen del enorme pedrusco que giraba lentamente en el espacio.

La distancia era todavía muy grande, por lo que el oficial de guardia veía solamente lo que reflejaba la pantalla telescópica. Parpadeó unos instantes, lleno de asombro, y luego, tras un manotazo al interruptor del teléfono interior, lanzó un aullido:

—¡Capitán, al puente! ¡Un asteroide en nuestra órbita!

La imagen del pedrusco se agrandaba con rapidez. El oficial empezó a pensar en la devastadora colisión que se iba a producir en muy pocos minutos.

En aquellos momentos, la nave volaba a velocidades sublumínicas, unos doscientos ochenta mil kilómetros por segundo. Nada de lo que hicieran conseguiría evitar el choque.-

El cambio brusco de rumbo, además de ser fatal, resultaba imposible a semejante velocidad. Una virada en la trayectoria debería ser una curva de millones de kilómetros de radio..., ¡y ya no había tiempo!

El capitán apareció en el puente.

—¡Imbécil! —bramó—. ¿Para qué está el radar?

—Señor... — La mano convulsa del oficial señaló la pantalla del radar—. ¡Mírelo, no refleja nada!

—Eso es imposible: el asteroide es enorme. Al menos mide medio kilómetro de largo...

El comandante miró una vez más, incrédulo, la pantalla del radar, en la que no se reflejaba ningún eco del asteroide que tenían a la vista. Era algo increíble.

—El detector de averías... —murmuró.

—Funciona perfectamente, señor —dijo el oficial.

Los dos hombres se sentían desconcertados. Aquel pedrusco, de millones de toneladas, tenía que dar un eco fuerte y claro en el radar. Y, sin embargo...

Ya no se podía virar ni frenar. El capitán y su oficial se resignaron a lo

inevitable.

Lanzado como un proyectil cósmico, la astronave se precipitó contra él asteroide.

El nombre de la astronave era *Blonde Jane*. Nadie volvió a saber más de ella.

* * *

Los hombres reían alborozadamente, mientras trasladaban las cajas que contenían el tesoro.

—Buen golpe —dijo uno de ellos.

—Valía la pena —exclamó otro.

—Esto nos va a convertir en millonarios...

—Vivir sin dar golpe —suspiró alguien.

Dos manos ansiosas abrieron una de las cajas y acariciaron los billetes metalizados, apilados en gruesos fajos, que todavía conservaban las bandas de precinto del Primer Banco Intergaláctico. Los billetes eran de tejido de oro, inarrugables e incombustibles. Cada uno de ellos tenía incorporada una microscópica partícula de mineral radiactivo, absolutamente inofensiva, que emitía radiaciones en una determinada longitud de onda, establecida especial y secretamente para los billetes hechos por el Banco emisor.

Así se evitaban las falsificaciones.

Las manos del hombre recorrieron placenteramente las doradas superficies de forma rectangular. Cajas y más cajas iban siendo trasladadas a la nave, hasta que, al fin, alguien anunció que la operación había llegado a su término.

—Muy bien —dijo el capitán—. Ahora, vamos a celebrarlo con champaña auténticamente terrestre.

Un ensordecedor griterío acogió aquellas palabras. El capitán, sonriente y satisfecho, añadió:

—Vayan a la sala de descanso; el champaña les aguarda allí.

Los hombres obedecieron, riendo alborozadamente, palmeándose las espaldas con gran júbilo. Ninguno de ellos se dio cuenta de que el capitán se rezagaba hasta que fue demasiado tarde

Una puerta estanca se cerró de golpe, momentos después, cuando ya corría el champaña. A los pocos segundos, se abrió una compuerta exterior y el aire de la cámara escapó instantáneamente al vacío espacial.

Algunos tuvieron tiempo de lanzar unos cortos gritos de agonía. Pero un minuto más tarde, la cámara estaba llena de cadáveres, muertos primero por descompresión y luego congelados, a causa del horrible vacío espacial.

El capitán asesino dejó pasar un rato prudencial. Más tarde, estableció de nuevo la presión normal y entró en la cámara. Había una botella todavía intacta y la descorchó.

Alzó su copa llena.

—A vuestra salud, idiotas —brindó con macabro cinismo.

* * *

El subastador golpeó la mesa con su martillo varias veces, hasta lograr restablecer el silencio. Entonces, dijo:

—Señoras y caballeros, se anuncia la subasta del planeta denominado Gea-12, del XXVIII Sistema, Décima Unión, de la Unión de Uniones, por el motivo de falta de impuestos. Cifra base de la subasta, dos megafrancos. Pueden iniciar sus pujas, caballeros.

—¡Dos megafrancos y un centésimo! —gritó un humorista, provocando con ello las risas del numeroso público congregado en la sala de subastas.

Alonzo Dowmer asistía también al acto y escuchaba en silencio, algo apartado de la masa general, sin formular el menor comentario. Nada menos que todo un planeta salía a subasta.

La cifra era ridícula. Bastaba saber el nombre del planeta para darse una ligera idea de su valor auténtico.

Gea-12 era un planeta tipo Tierra, perfectamente habitable y con una inmensa cantidad de riquezas por explotar en su suelo virgen. Aquel mundo valía, no dos, sino doscientos mil megafrancos.

¡Era curioso, se dijo Dowmer. ¿Por qué no habían pagado sus impuestos los habitantes de Gea-12?

—Dos megafrancos y un cuarto —dijo otro.

—Dos y un tercio —subió un nuevo postor.

—Dos y medio.

—Dos y ¡tres cuartos.

—¡Tres megafrancos!

—Tres y un décimo megafranco.

El megafranco era la unidad de moneda para grandes cantidades y valía un millón de francos galácticos. El valor del FG, iniciales con que se designaba la moneda base, variaba según la cotización de la moneda particular de cada planeta.

Ahora estaban en Rhondus, capital del planeta capital de la Unión de Uniones. La moneda rhondusiana, el rhondo, equivalía a once PG.

Alonzo Dowmer, sin embargo, estaba acostumbrado a utilizar sobre todo los francos galácticos. La subasta había llamado su atención y por ello había acudido al lugar donde se celebraba, una sala dedicada a dichos actos especialmente, perteneciente al Ministerio del Tesoro de la Unión de Uniones.

El que ganase la subasta, se convertiría en dueño de todo un planeta.

Pero, ¿no había habitantes de Gea-12 que pujasen por su propio mundo?

—Tres megafrancos y un sexto —anunció el siguiente postor^

De repente, se oyó una voz de mujer, fresca y clara;

—¡Señor subastador, antes de continuar, pido se me permita hacer unas observaciones, para conocimiento general de todos cuantos se hallan aquí presentes y, muy especialmente, para que lo sepa el posible ganador de esta subasta!

El subastador se extrañó de la insólita petición, aunque, cortés, respondió con una pregunta:

—Señora, ¿quién es usted?

—Me llamo Sytta D'Oulv y soy la administradora de Gea-12.

—Conocemos el cargo, pero no a quien lo ostenta en la actualidad —dijo Burkus Klien, subastador.

Sytta D'Oulv avanzó unos pasos y dejó sobre la mesa del estrado unos documentos.

—Estas son mis credenciales, señor subastador —dijo.

Klien tomó los documentos. Mientras los leía, Dowmer estudió a la mujer, joven, de pelo intensamente negro y elevada estatura, lo que la hacía parecer mucho más esbelta. Sytta D'Oulv vestía un traje largo, negro, con el hombro izquierdo al descubierto, sujeto en el otro hombro por un enorme broche de oro y piedras preciosas sin labrar.

Sujeto al mismo broche había una especie de manto rojo, que ella llevaba parcialmente recogido en el brazo izquierdo, de marmórea blancura. «Una mujer excepcional», pensó Dowmer.

—Bien, señora —dijo Klien por fin—, está probado que es usted la administradora de Gea-12, pero, por favor, ¿cuál es la observación que desea hacer pública?

—En primer lugar, diré que mi planeta había abonado los impuestos correspondientes al último quinquenio y que la suma recaudada fue embarcada en la astronave *Blonde Jane,* de la cual no se ha vuelto a tener noticias. Por tanto, supongo que la nave fue asaltada, su tripulación asesinada y el dinero, en billetes del Primer Banco Intergaláctico, robado.

La declaración de la joven causó enorme sensación entre los asistentes a la subasta. Klien tuvo que dar muchos mazazos para restablecer el silencio.-

—Bien, señora, lo que ha dicho hasta ahora es grave, pero no pasa de ser una suposición. '¿Tiene pruebas de tal asalto, seguido de asesinatos y robo?

—'Un día presentaré las pruebas —contestó Sytta serenamente—. Pero, además, los presentes deben saber otra cosa. Hace veintidós años, mi padre, Gellus D'Oulv, entonces administrador de Geá-12, firmó un tratado con el Gobierno del XXVIII Sistema, por el que se exoneraba a mi planeta de todo pago de impuestos...

—No hay noticia de tal pacto -^interrumpió el subastador.

—Fue establecido, firmado y sellado solemnemente, en dos documentos exactamente iguales. Ambos documentos han desaparecido, por lo que no puedo probar, por ahora, la existencia de ese tratado.

De pronto, Sytta saltó del estrado y se volvió hacia la nutrida concurrencia.

—Todo lo que he dicho hasta ahora es verdad, aunque no posea las pruebas que apoyen mis manifestaciones —exclamó—. Pero los asistentes deben saber que buscaré esas pruebas y que, si las encuentro, como así espero, pediré la nulidad de esta subasta y la devolución de Gea-12 a sus legítimos poseedores.

«Todavía más. Si, como presumo, esta subasta es el remate de una vasta conspiración destinada a desposeernos de nuestro mundo, un día tendré derecho a exigir el castigo de los conspiradores, a quienes desde aquí califico ya de ladrones y asesinos. —Sytta alzó una mano dramáticamente—. ¡Apelo a la justicia, siempre recta e infalible, de la Unión de Uniones, para que apoye esta reclamación sobre unos derechos que nos corresponden indiscutiblemente! —concluyó.

Después de aquellas palabras, hubo una pausa de silencio. Luego, Klien carraspeó.

—Señora, particularmente puedo dar crédito a su declaración, pero mi deber me obliga a continuar la subasta —dijo.

—Puede continuar —dijo Sytta secamente—\, pero el ganador ya conoce los perjuicios que su victoria puede acarrearle.

Justo detrás de Dowmer, alguien lanzó una maldición en voz baja.

—Erdus, síguela —dijo el hombre.

—Bien, jefe.

Dowmer se mantuvo impasible. Sytta desfilaba por el amplio pasillo que los asistentes habían abierto respetuosamente.

La voz de Klien sonó de nuevo:

— ¡Ultima oferta! ¡Tres megafrancos y un sexto! ¿No hay quien ofrezca más?

Algunos vacilaron. De pronto, una potente voz dijo:

—¡Diez megafrancos!

Se oyeron algunos murmullos. Dowmer fijó la vista en el hombre que había ofrecido una suma tan elevada.

—Tenías que ser tú, Dull Plowiss —murmuró.

Luego volvió la cabeza para mirar a los dos hombres que habían hablado momentos antes. Pero los dos sujetos habían desaparecido ya.

A uno de ellos, sin embargo, lo conocía sobradamente bien. Pero le extrañaba que Bonni Hadee pudiera tener algún contacto con Plowiss.

De pronto, el subastador anunció:

—Queda adjudicado el planeta objeto de esta subasta al caballero que ha ofrecido diez megafrancos.

CAPITULO III

La mujer caminaba a buen paso por una de las calles de Rhondus, escasamente iluminada en aquel tramo. De pronto, una sombra se hizo visible, al surgir de un portal a oscuras.

El hombre siguió a Sytta D'Oulv durante un centenar de metros. La calle se hizo todavía más angosta y oscura. Entonces, Erdus sacó un cordón de seda, delgado y fino, pero de una enorme resistencia a la tracción.

Ella no se había dado cuenta de que era seguida. Erdus alzó ambas manos, dispuesto a utilizar el cordón como un mortífero lazo.

De súbito, Erdus sintió un leve empujón que le hizo girar un cuarto a su derecha. Antes de que pudiera reaccionar, un pie se apoyó en los riñones y lo catapultó contra la pared cercana, con indescriptible violencia.

Erdus rugid en el momento del impacto, rebotó y cayó al suelo, con la nariz aplastada y ensangrentada y perdido el conocimiento por completo. Sytta oyó el ruido y se volvió, con una pistola en la mano.

—No tire —dijo Dowmer—, soy amigo.

Sytta alargó el cuello.

—Ese hombre quería estrangularla —añadió Dowmer—. Pero, mujer, ¿cómo se le ocurre andar por estas callejuelas y á una hora en que todo el mundo está durmiendo?

Dowmer se había inclinado y ahora enseñaba el cordón en su mano derecha. Sytta hizo un gesto con la cabeza.

—No lo había advertido —musitó—. ¿Quién es usted?

—Alonzo Dowmer.

— ¡Dowmer! —repitió ella, atónita.

—¿Le suena mi nombre?

—Mañana pensaba ir a visitarle... ¿Cómo ha hecho para estar aquí?

—Porque estuve en la subasta —sonrió él—. Este tipo se llama Erdus y no hubiera sido usted su primera víctima, créame.

—Un asesino profesional.

—Exactamente. ¿Puedo saber adónde se dirige usted, señora?

—Recibí un mensaje en el hotel. Un hombre llamado Bray manifestó que tenía algo importante que comunicarme con respecto a la pérdida de la *Blonde Jane,* es todo lo que sé.

—Aparte de su domicilio, claro. ¿Me permite que la acompañe?

—Sí, pero.. , ¿qué hará con Erdus?

Dowmer sonrió, divertido.

—No se preocupe, ya sé dónde encontrarlo. Mientras tanto, ¿me permite una sugerencia?

—Sí, claro...

—Desearía acompañarla.

Sytta hizo un parpadeo de sorpresa.

—No creo haber -merecido...

—Estoy algo interesado por su caso —dijo Dowmer—. Nunca he estado en Gea-12, pero tengo entendido que es un mundo maravilloso.

—Es un paraíso —calificó ella apasionadamente.

—Razón de más para conocerlo algún día. ¿Vamos?

Sytta lanzó una mirada a su frustrado asesino, que aún continuaba inconsciente, y reanudó la marcha. Dowmer se emparejó a su lado.

—No tenía la menor noticia de que un planeta pudiera cambiar de manos, sólo porque sus habitantes no pagaran los impuestos —dijo.

—Es la ley, señor Dowmer...

—Me llamo Alonzo y no me gustan los tratamientos —declaró él—. Respecto a lo que hablábamos, la verdad es que no soy hombre demasiado versado en ciertas leyes galácticas.

—En mi caso, si fuese verdad lo que declaró la sala de subastas, nosotros habríamos perdido la propiedad de Gea-12. Pero han desaparecido todos los

documentos del tratado y el dinero de los impuestos.

—Bien, los documentos se han perdido, y también el dinero. Pero alguien debería haberles avisado de que esos impuestos no se habían pagado.

Sytta se tocó el costado derecho.

—Nos enviaron un acuse de recibo de pago —dijo—. Al presentarlo, declararon que era un documento falso. El plazo de abono de impuestos había expirado ya, claro que sin saberlo nosotros; por tanto, cuando quise acudir a remediar *la* cosa, era ya tarde. Entonces, intenté echar mano del pacto; pero no hay constancia en ninguna parte.

—Un plan muy bien tramado, no cabe la menor duda —contestó Dowmer—. ¿Vive muy lejos su informador?

—No, creo que ya no falta mucho.

Sytta se detuvo a los pocos minutos ante una casucha de una sola planta, edificada con sólidos bloques de lava volcánica, material de construcción muy abundante y barato en la capital. La casa era mísera y en la fachada sólo había una puerta y una ventana, ambas cerradas.

Ella alargó la mano para abrir, pero Dowmer cortó su gesto.

—Quieta —murmuró.

Dowmer se acercó i la puerta, situándose a un lado, y luego hizo girar el grueso pestillo de que estaba provista, según la moda local. Pero no ocurrió nada.

—No parece una trampa, aunque por si acaso...

Asomó la cabeza. El interior de la casa estaba a oscuras. A pesar de su miseria, Dowmer sabía que debía de haber un interruptor en alguna parte y lo buscó a tientas. De pronto, se encendió la luz.

—Bien, ahí está su amigo Bray —dijo.

Había un hombre sentado en un viejo sillón, en la única estancia de la casucha. Dowmer se acercó al individuo, que aparecía completamente inmóvil, con los ojos muy abiertos, sin dar señales de vida. —Sytta, ¿es Bray?

—Según las señas que me dieron, no puede ser otro.

—Bray, despierte —dijo Dowmer.

Pero el hombre continuó inmóvil. Dowmer, intrigado, se acercó a él y le zarandeó por un hombro.

Entonces, la cabeza de Bray se desprendió de su tronco y cayó al suelo, en donde rebotó un par de veces con lúgubres ecos, antes de quedarse siniestramente quieta, frente al cuerpo de que había sido separada, como pidiendo en silencio una unión que nadie podía realizar ya.

Sytta ahogó un gemido de horror y se volvió instantáneamente de espaldas. Dowmer sintió un fuerte espasmo en el estómago, aunque se esforzó por conservar la serenidad.

Al cabo de algunos momentos, se volvió hacia la joven,

—Será mejor que nos marchemos —propuso—. La acompañaré a su casa...

—Me alojo en el Terrae —dijo ella, desfallecida.

—Lo conozco. Es un buen sitio para hablar largo y tendido, sin temor a molestas interrupciones.

* * *

Al entrar en su habitación, Sytta se quitó la larga capa negra que había llevado puesta hasta aquel momento y quedó vestida únicamente con una especie de peto de cuero repujado, en especial por la parte del pecho, y pantalones prolongados en medias rojizas. Su calzado eran unas botas blandas, de medio tacón y caña no muy alta.

—Creo que un trago nos sentará bien —dijo.

—Estupendamente —aceptó Dowmer.

El Terrae era uno de los hoteles más lujosos de la capital y Sytta había tomado una *suite* con salón de recibo, dormitorio y baño. Después de llenar las copas, ofreció una a su acompañante y se sentó en un cómodo butacón.

—Señor Dowmer..., perdón, Alonzo, tengo la impresión de que mi caso le interesa —dijo—. ¿Existe algún motivo particular?

—Puede —sonrió él—. Soy capitán-inspector de impuestos del Tesoro. Los impuestos que Gea-12 debía abonar ascendían a la nada despreciable suma de dos megafrancos. Aunque el Tesoro no haya ingresado esa suma, tiene interés por conocer su paradero.

—Entiendo. Pero ese dinero fue robado...

—No se hacía el abono en un cheque, sino en billetes, creo recordar.

—Exacto. Doscientos mil billetes de diez francos. Ocupaban bastante sitio, Alonzo.

—Me lo imagino. Pero, ¿por qué tantos billetes pequeños?

—La moneda intergaláctica es escasamente usada en Gea-12. Necesitamos mucho tiempo y muchos esfuerzos para reunir los dos megafrancos.

—Y alguien los birló..., pero ustedes no debían pagar impuestos...

—Tuvimos que hacerlo, si queríamos que prosperase la reclamación planteada con respecto al tratado que nos eximía de impuestos. Así lo dice la ley.

—Y el dinero desapareció en el camino.

—Con la astronave que lo transportaba y toda su tripulación. Desde que zarparon de Gea-12, nadie ha vuelto a saber de ellos.

Dowmer guardó silencio unos instantes, mientras se frotaba la mandíbula. Sytta le contempló a su sabor. Delante de ella había un hombre no demasiado alto, pero tremendamente fornido, muy ancho de hombros y de rostro feo, pero atractivo. Dowmer usaba la vestimenta más común en aquellas tierras: blusa ligera, un tanto holgada, de color discreto, pantalón negro, ajustado, y botas livianas, incorporadas al mismo. Pendiente de la cadera derecha llevaba la negra funda de una pistola, cuya clase no supo adivinar, ya que no podía ver el menor detalle del arma.

—Me gustaría ver el documento en que les comunicaban no se habían pagado los impuestos. —dijo Dowmer al cabo.

—Sí, ahora mismo.

Sytta llevaba un bolso-cartuchera, adosado a su cinturón y lo abrió, para extraer un papel, que entregó a su acompañante. Dowmer lo hojeó rápidamente y se lo devolvió a su dueña.

—Está en regla y no es falso —dijo.

El desaliento se hizo visible en el bello rostro de la joven.

—Entonces, ¿hemos perdido el caso?

—La verdad es que Gea-12 tiene ahora un nuevo dueño —dijo Dowmer—. Pero si se demostrase que esa persona ha" adquirido su propiedad por medios ilícitos, usted podría recobrar el planeta y exigir, además, daños y perjuicios.

—El planeta no es mío, aunque se haga constar así de una forma oficial. Gea-12 pertenece por igual a todos sus habitantes —declaró Sytta con gran vehemencia.

—Muy bien, de momento, será mejor que sigamos considerándola como la dueña de ese planeta. Dice usted que los documentos del pacto de exención de impuestos se perdieron...

—Por eso tuvimos que reunir aprisa y corriendo la suma oficialmente adeudada. Pero se perdió en el camino, con la *Blonde Jane* y todos sus tripulantes.

—Es extraño —comentó Dowmer—. Diríase que alguien tenía un enorme interés en hacerse dueño de Gea-12.

—Salta a la vista, ¿no?

—Sytta, ¿qué hay en Gea-12 que haya atraído la atención de... de quien sea?

—Usted mismo ha dicho que es un paraíso. .

—Me lo han contado, yo no he estado allí.

—Bueno, ahí tiene la respuesta.

—Sytta, hoy día nadie compra paraísos —dijo él sentenciosamente—. El ganador de la subasta ha pagado diez megafrancos por algo más que un mundo maravilloso.

—En todo caso, ignoramos las riquezas que nuestro planeta pueda contener —respondió la joven—. Los habitantes son escasamente medio millón y nadie necesita arañar la tierra, más que lo necesario para sembrar algunos vegetales comestibles. No precisamos apenas de herramientas ni de maquinaria, ni tampoco deseamos que el maquinismo se propague en Gea-12. Hablando con sinceridad, estamos bien en nuestra situación actual.

—No es mala forma de pensar —convino Dowmer—. Sospecho, sin embargo, que el buen Dull Plowiss no habrá pujado en la subasta solamente para tener el placer de pescar a la orilla de un río los fines de semana.

—¿Quién es ese Plowiss? Nunca había oído hablar de él…

—Aunque tiene figura humana, hay quien dice que es un pulpo. Sus actividades abarcan todo lo imaginable y hasta lo inimaginable. No obstante, parece que hay algo en lo que no ha triunfado hasta ahora y es la política.

—Curioso —dijo Sytta—. Un hombre con tanto poder económico podría aspirar a ser algo en política.

—Quizá la posesión de Gea-12 le proporcione esa ocasión —respondió Dowmer—. Pero lo cierto es que, en ocasiones, utiliza procedimientos poco legales para conseguir sus propósitos.

—Esta noche, por ejemplo... ¿Quién es Erdus?

Dowmer sonrió.

—Pertenece a la «escudería» de asesinos de un tal Bonni Hadee. Mañana, hoy, mejor dicho, trataré de conversar con Erdus o con su jefe.

—Alonzo, no tengo mucho dinero, pero si usted consigue probar que esa subasta ha sido ilegal..., creo que yo y todos los habitantes de Gea-12 se lo agradeceremos mientras vivamos.

Dowmer fijó la vista en la hermosa mujer que tenía ante sí.

—Nunca me había resultado tan agradable la combinación de deber y placer —contestó, mientras se encaminaba hacia la puerta—. A propósito, ¿cómo se puso Bray en contacto con usted?

—Videófono, pero no enseñó el rostro en la pantalla.

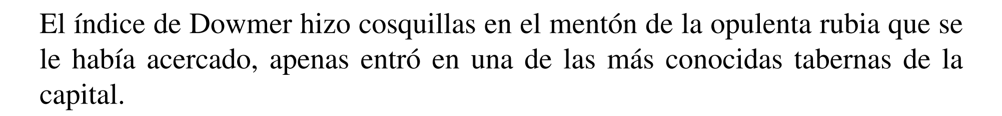
—¿Dijo algo de particular?

—No, solamente mencionó la *Blonde Jane* y añadió que debía ir allí pasada la medianoche. Pero nunca esperé encontrarlo...

—Decapitado —completó Dowmer la frase que ella no había terminado—. Descanse, Sytta.

—Buenas noches, Alonzo.

CAPITULO III



El índice de Dowmer hizo cosquillas en el mentón de la opulenta rubia que se le había acercado, apenas entró en una de las más conocidas tabernas de la capital.

—Cada día más guapa, Lily —dijo.

—No me lo demuestras, Alonzo —se quejó ella—. Hace un siglo que no vienes a verme...

—¡Un siglo! —repitió él—. No sabía que fueras tan vieja.

Lily alzó su mano, pero Dowmer agarró la muñeca femenina y depositó un ardiente beso en la palma.

—Tienes un despacho privado —murmuró—. Acudiré dentro de diez minutos.

—Está bien.

Lily Kuhdar se alejó, moviendo ostentosamente sus rotundas caderas. Dowmer sonrió mientras la contemplaba, acodado en el mostrador.

De pronto, uno de los hombres que atendían a la clientela hizo un comentario:

—Eh, tú, esos billetes de a diez, ¿no están pasados de fecha de emisión?

Dowmer aguzó el oído. El cliente dio su irritada respuesta:

—Todavía circulan y tu obligación es aceptarlos.

—Está bien —contestó el mozo—. Pensé que ya no servían...

El billete fue a parar a la caja registradora automática. Dowmer aguardó a que el cliente se marchase con dos enormes jarrones en las manos y entonces llamó al camarero.

—Deme el billete —dijo, a la vez que enseñaba dos de a diez.

—Sí, señor, al momento.

Dowmer guardó el billete presuntamente fuera de circulación, tras un rápido vistazo a la fecha de emisión. Si, podía ser uno de los billetes con los que los habitantes de Gea-12 habían pagado sus impuestos.

Al cabo de diez minutos, fue al despacho privado de Lily. Ella le aguardaba con una botella recién descorchada.

—Lo siento, no tengo genuino. Este es solamente sintetizado..., pero sabe exactamente igual que el mejor champaña terrestre —dijo.

Dowmer aceptó la copa que le ofrecían y sonrió.

—A la salud de la gerente más hermosa que he encontrado en los días de mi vida —dijo.

—Adulador —contestó ella—. Sólo palabras, palabras..., pero nada más.

—Si me das los informes precisos, permitiré que un día de éstos me invites a cenar.

—Además, eso..., pagar yo la cena...

Dowmer abrazó a la hermosa mujer.

—De cuando en cuando, Bonni Hadee se reúne con sus esbirros en algún lugar secreto. ¿Dónde está esa guarida?

Ella le miró, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás.

—Tienes que venir a cenar conmigo esta noche —pidió.

—Mañana.

—Mañana, a las ocho en punto, en mi residencia privada; ya sabes dónde está situada. Si no acudes, no vuelvas a pedirme un vaso de agua en los días de tu vida<

—Prometido —contestó él—. Habla, preciosidad.

—Perspectiva octava, número mil cuatrocientos diez. Es una casa que parece una fortaleza, con los mejores sistemas de alarma que puedas imaginarte. Ni un mosquito podría entrar en el recinto, sin que su dueño lo supiera de inmediato.

Dowmer depositó un ardiente beso en los labios de la mujer.

—Cenaremos juntos mañana —afirmó—. Por cierto ¿conocías a un tal Bray?

—¿Egisth Bray?

—Sólo sé el apellido, pero tenía unos cuarenta años medio calvo. .

—El mismo. ¿Qué le pasa? —Le rebanaron el pescuezo, guapa.

Lily sintió un estremecimiento de horror.

—Pobre hombre —murmuró.

—Bien, pero, ¿a qué se dedicaba?

—En tiempos fue director de una de las más importantes fábricas de poliuretano y otras clases de sustancias plásticas. Pero le despidieron, no sé por qué, y empezó a perder categoría, dignidad... Acabó perdiendo hasta la esposa. Era muy guapa y hay quien dice que es la actual fulana de Hadee.

—Es curioso, no veo qué relación pueda tener Hadee con el ex director de una fábrica de plásticos...

—La mujer, tonto.

Dowmer movió la cabeza.

—Hay algo más que una mujer casquivana —dijo—. Bien, espérame mañana a las ocho.

Lily le besó complacidamente. Luego, Dowmer abandonó el despacho y volvió a la sala.

En aquel momento, un hombre se disponía a abandonar la taberna, Dowmer se lanzó sin vacilar tras el sujeto.

Era el mismo que había pagado con un billete de a diez supuestamente inútil. A Dowmer le Interesaba saber el origen del billete.

Caminó con paso mesurado detrás del Individuo, De pronto le vio detenerse ante una puerta y sacar una llave.

—Espere —dijo. El hombre se volvió.

—Tengo un cuchillo muy afilado. No intente robarme —gruñó.

—Al contrario, amigo —sonrió Dowmer, a la vez que enseñaba un billete con la cifra 100 grabada en las cuatro esquinas—. Será para usted si me dice algo que me interesa saber.

—-¿De qué se trata? —preguntó el otro, súbitamente interesado.

—Ha pagado hace poco con un billete de a diez, de una emisión relativamente antigua y de la que apenas quedan billetes en circulación. ¿Quién le dio ese billete?

El individuo guardó silencio unos instantes.

—Deme cien más y se lo diré —respondió al cabo.

—De acuerdo. Suéltelo.

Dowmer metió la mano en el bolsillo. En el mismo instante, estalló una ráfaga de chasquidos agudísimos, de poco volumen sonoro, sin embargo.

Dowmer se lanzó al suelo instantáneamente. Los chasquidos se produjeron ahora en el muro de lava de la casa. Durante unos instantes, Dowmer sintió verdadero pánico, ya que había reconocido la naturaleza del arma utilizada por el atacante.

El hombre emitió un horrible gorgoteo y se llevó ambas manos al cuello, del que brotaban varios chorros de sangre. Dowmer reptó para alejarse de la línea de tiro, pero ya no hubo más disparos.

Alguien corrió hacia la cercana oscuridad. Dowmer rezongó y echó pestes acerca de la tacañería de las autoridades de la ciudad, a quienes la iluminación nocturna de la urbe les tenía sin cuidado.

Al cabo de unos momentos, se arriesgó a ponerse en pie. El asesino había escapado y el hombre que había pagado con un billete de a diez ya no le diría su procedencia.

Dowmer tenía la seguridad, sin embargo, de que aquel billete había estado en un tiempo a bordo de la *Blonde Jane.*

Los impactos del arma aparecían en la pared. Se estremeció al pensar en lo que le habría sucedido de ser alcanzado por una de las ráfagas de proyectiles.

* * *

—Es una pistola que emplea gas comprimido como medio propulsor de sus balas. Estas son de forma cilindro cónica, con hélices cortantes que se despliegan apenas salen del cañón. Por tanto, la bala gira a enorme velocidad y causa unos horribles destrozos en el organismo de la persona alcanzada.

Sytta sintió un escalofrío al oír aquellas palabras a la mañana siguiente.

—Usted escapó...

—Sí, por milagro. Sytta, Gea-12 es una presa mucho más importante de lo que nosotros calculamos —dijo Dowmer—. Por cierto, ¿de qué dinero dispone?

Ella respingó.

—Unos treinta mil...

—Con cinco mil habrá más que suficiente. Lo siento; yo no soy un hombre rico —se disculpó.

—Al menos, podría decirme para qué quiere el dinero.

—Si me acompaña, podrá saberlo sin necesidad de más explicaciones —contestó él.

—De acuerdo. Aguarde unos momentos a que me cambie de ropa.

Sytta volvió a vestirse de la 'misma forma que la víspera. Un cuarto de hora más tarde, abandonaban el hotel.

Sytta se dejó conducir en el helimóvil de Dowmer hasta una casa de modesta apariencia, situada casi fuera de la urbe. El aparato se posó en el jardín posterior. Un hombre de cierta edad salió al mismo tiempo que la pareja ponía los pies en el suelo.

—Vaya, el capitán-inspector Dowmer nada menos —dijo el individuo sarcásticamente—. Oiga, tengo mi declaración de impuestos en regla...

—Este es un asunto privado —dijo el visitante—. Julius, te presento a Sytta D'Oulv. Sytta, éste es Julius Bohull, el más redomado bribón que pueda echarse jamás a la cara, pero también el tipo más competente en toda clase de aparatos electrónicos.

—¿Cómo está, señor Bohull? —saludó ella.

—Embobado —respondió el aludido—. Capitán, ¿de dónde ha sacado esta beldad?

—La pinté en un lienzo, soplé y la hice vivir —rió Dowmer—. En serio, Julius, le necesito.

Bohull miró con recelo a su visitante.

—No quiero nada ilegal —rezongó.

—Cinco mil, Julius.

—Eso está mejor. Pasen dentro, por favor.

Entraron en la casa, en la que no había prácticamente más que una sala, atestada de toda clase de aparatos, algunos de los cuales resultaron completamente desconocidos para la joven. Dowmer señaló sin vacilar uno de los aparatos.

—Ese, Julius —dijo.

—Absolutamente prohibido, capitán.^

—Ahora soy un ciudadano corriente.

—Es muy pesado para que se lo lleve...

—Nos quedaremos aquí, Julius.

Bohull alzó las manos al cielo.

—Tiene usted respuesta para todo —gruñó.

—Traigo los cinco mil —dijo Dowmer, impasible—. ¿Sytta?

—Firmaré un cheque —declaró la joven.

Bohull soltó una risita.

—Me gustan las personas con capacidad de persuasión —dijo—. Capitán, usted conoce el manejo de ese cacharro.

—Sí. Julius. Ah, una cosa, casi lo había olvidado.

—Dígame, capitán...

—Es probable que nos quedemos en su casa hasta la noche. Tendrá que alimentarnos también. ¿Cuál es su tarifa por la comida de dos personas?

—Por ser ella tan guapa y usted tan generoso, les daré de comer completamente gratis —rio Bohull—. Y tengo ahí una pierna de cordero que está pidiendo el horno...

Dowmer se echó a reír, a la vez que empujaba al sujeto con ambas manos.

—¡A la cocina, Julius!

* * *

La habitación quedó sumida en una suave penumbra. Sytta vio que Dowmer manejaba algunos controles del aparato indicado, en el que se encendió una pantalla a los pocos momentos. Diversas escenas del exterior surgieron en la pantalla, apareciendo y desapareciendo con relativa rapidez, hasta que, por fin, Sytta vio una lujosa mansión, rodeada por un frondoso jardín, en el que se veía una piscina de enormes dimensiones.

Una mujer rubia nadaba en la piscina. A los pocos momentos, salió del agua y agitó sus largos cabellos.

—Helya Bray —indicó Dowmer.

—La esposa de...

—Ahora, su viuda.

—Sí, es cierto.

La rubia caminó indolentemente a lo largo de la piscina y desapareció en el interior de la casa.

—Seamos pudorosos y dejemos que se cambie de ropa —dijo Dowmer.

—Oiga, no irá a decirme que tiene una cámara de televisión en cada rincón de esa casa —exclamó Sytta.

—Claro que no, mujer.

Dowmer continuó moviendo los mandos. De pronto, Sytta vio una sala, en la que había tres o cuatro hombres en torno a una mesa.

Uno de ellos se acariciaba la nariz con la mano, evidentemente con muy mal humor.

—¡Es Erdus! —exclamó Sytta.

—Sí, pero calle, por favor.

«—De modo que te sorprendieron...»

Una voz bronca, autoritaria, resonó de pronto en la estancia.

—Ese es Bonni Hadee —indicó Dowmer.

«—Lo siento, jefe; ya la tenía en el bote y, de repente, alguien me golpeó a placer. Me arrojó contra la pared de la casa y perdí el sentido», respondió Erdus coléricamente.

—Ella se aloja en el Terrae. Hay que liquidarla, ésas son las órdenes que tenemos», dijo Hadee.

—Ordenes, ¿de quién?, preguntó otro de los asistentes a la reunión.

—No hagas preguntas estúpidas —contestó Hadee desabridamente—. Lo único que tenéis que hacer es buscar a la chica. Ella tiene que desaparecer..., y sin que se arme ningún escándalo, ¿entendido?

—Está bien, se hará lo que se pueda —dijo Erdus, resignadamente.

—Lo que se pueda, no; lo que mando —corrigió Hadee—. De modo que en marcha, si es que queréis ganaros los dos mil prometidos.»

—Vale usted mucho, Sytta —rió Dowmer.

—Me siento pasmada —declaró ella—. ¿Cómo consiguió usted introducir la cámara de televisión en casa de Hadee?

Dowmer alzó una mano. La rubia entraba en aquel momento y se acercó insinuante al jefe de la cuadrilla de asesinos.

—Helya, desde anoche eres viuda —anunció Hadee fríamente.

—¿Lo lamentas, querido? —preguntó ella, enroscándole los desnudos brazos en torno al cuello.

-¿Y tú?

Helya Bray soltó una risita.

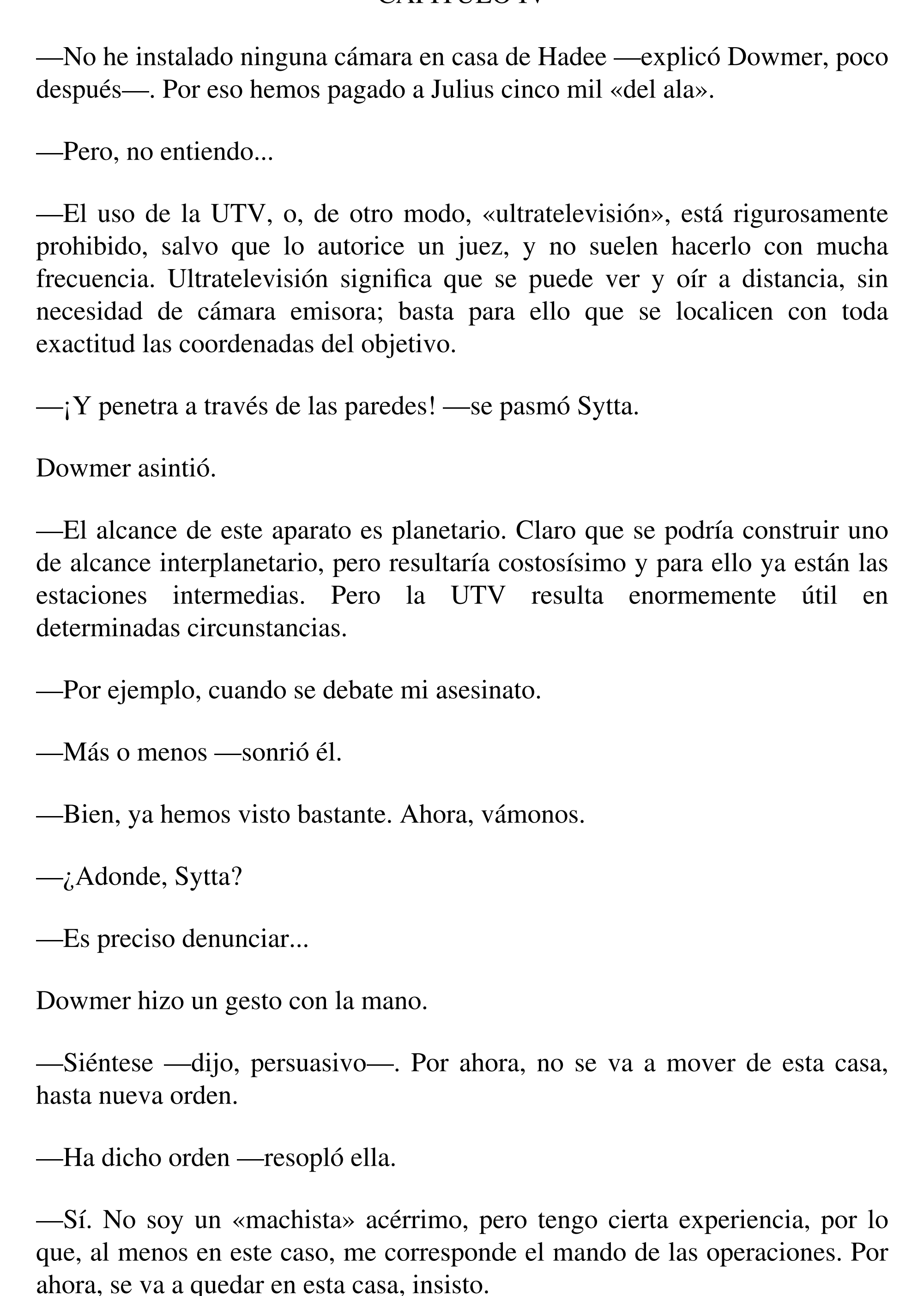
—Hace mucho tiempo que no hay más que un hombre para mí —contestó.

Sytta se escandalizó por la escena que siguió a continuación.

—¡Qué desvergüenza! —exclamó.

—Será mejor que desvíe un poco la imagen —dijo Dowmer socarronamente, a fin de eludir la contemplación de una escena particularmente volcánica.

CAPITULO IV



—No he instalado ninguna cámara en casa de Hadee —explicó Dowmer, poco después—. Por eso hemos pagado a Julius cinco mil «del ala».

—Pero, no entiendo...

—El uso de la UTV, o, de otro modo, «ultratelevisión», está rigurosamente prohibido, salvo que lo autorice un juez, y no suelen hacerlo con mucha frecuencia. Ultratelevisión significa que se puede ver y oír a distancia, sin necesidad de cámara emisora; basta para ello que se localicen con toda exactitud las coordenadas del objetivo.

—¡Y penetra a través de las paredes! —se pasmó Sytta.

Dowmer asintió.

—El alcance de este aparato es planetario. Claro que se podría construir uno de alcance interplanetario, pero resultaría costosísimo y para ello ya están las estaciones intermedias. Pero la UTV resulta enormemente útil en determinadas circunstancias.

—Por ejemplo, cuando se debate mi asesinato.

—Más o menos —sonrió él.

—Bien, ya hemos visto bastante. Ahora, vámonos.

—¿Adonde, Sytta?

—Es preciso denunciar...

Dowmer hizo un gesto con la mano.

—Siéntese —dijo, persuasivo—. Por ahora, no se va a mover de esta casa, hasta nueva orden.

—Ha dicho orden —resopló ella.

—Sí. No soy un «machista» acérrimo, pero tengo cierta experiencia, por lo que, al menos en este caso, me corresponde el mando de las operaciones. Por ahora, se va a quedar en esta casa, insisto.

Dowmer consultó su reloj.

—Apenas son las doce y no tenemos prisa —añadió—. Yo permaneceré con usted hasta la tarde, pero el resto del día se lo va a pasar aquí, observando esa pantalla de UTV.

—Está bien —accedió Sytta—, No entiendo mucho sus planes, pero confío en usted.

—Gracias. Por algo pensaba buscarme, según declaró la noche en que un tal Erdus intentó estrangularla.

—Me recomendaron solicitase su cooperación, Alonzo. Dicen que es usted el jefe de la DCI del Tesoro.

Dowmer arqueó las cejas.

—¿DCI? —exclamó—. Nunca he oído esas iniciales que, según me huele, ocultan alguna sección especial de mí Ministerio...

—División de Casos Insolubles —rió, Sytta—. El que me recomendó a usted es todo un humorista.

—Sí, tiene que serlo... Sytta, hay algo en lo que no he reparado mucho hasta ahora —dijo él de pronto—. Los billetes con que pensaban pagar eran todos de una emisión muy antigua, aunque perfectamente válida. ¿Por qué?

—Bueno, en Gea-12, como ya sabe, el dinero se utiliza muy escasamente. Preferimos el intercambio de especies, aunque, en ocasiones, el dinero es insustituible. Claro que no faltan los billetes, siempre tenemos todos algunos en casa, pero, por esta misma razón, nos costó muchísimo reunir los doscientos mil billetes de diez francos galácticos. Luego, una comisión de inspectores del Primer Banco Intergaláctico examinó los billetes, los halló de curso legal y, para mayor garantía, puso en cada fajo una banda debidamente sellada y autorizada. Y eso es todo, Alonzo.

Dowmer se acarició el mentón.

—Yo localicé uno de esos billetes, pero su portador fue asesinado con proyectiles helicoidales cortantes —murmuró—. De todos modos, pienso averiguar quién era ese individuo, para conocer sus relaciones.

Bohull asomó de pronto.

—¡El asado está listo! —anunció.

—Julius, tendrás que traer aquí la comida —sonrió Dowmer—. Vamos a

permanecer de observación las veinticuatro horas del día.

Las manos del individuo se elevaron a lo alto.

—Lo que me faltaba —clamó.

El día transcurrió lentamente. En casa de Hadee reinaba una actividad normal. Dowmer se sentía muy divertido, pensando en los inútiles esfuerzos de Erdus y sus compinches por localizar a Sytta.

A las siete de la tarde, Dowmer se puso en pie.

—Ya conoce el manejo de este aparato —dijo—. Volveré mañana por la mañana. Deje conectado el sonido al máximo; por tanto, si se duerme y alguien habla, usted se despertará en seguida.

—Está bien.

Dowmer se volvió a continuación hacia Bohull.

—En cuanto me haya marchado, conecta todas tus barreras protectoras —aconsejó.

—Descuida, muchacho.

Dowmer se despidió de la muchacha. Salió al patio, se metió en el helimóvil y despegó de inmediato.

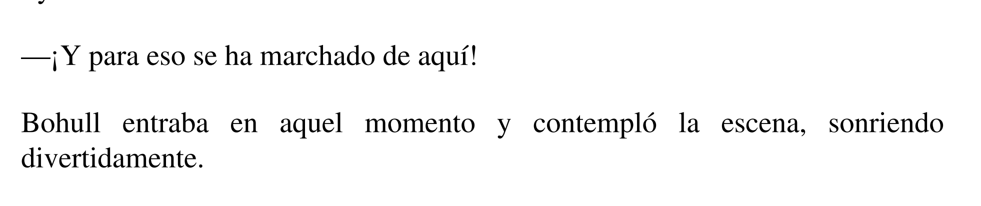
Sytta se quedó sola momentáneamente. Tenía la vista fija en la pantalla. La normalidad era absoluta en la residencia de Hadee.

De pronto, se le ocurrió una idea. Miró de reojo y se encontró sola en la estancia.

Movió los mandos apresuradamente. No tardó en captar la imagen del helimóvil, que se desplazaba a gran velocidad por encima de la urbe. Veinte minutos más tarde, Sytta vio que el aparato descendía suavemente en la explanada de una casa de agradable apariencia.

Dowmer saltó al suelo y entró en la casa. Ella le siguió con el aparato. Una rubia de exuberantes curvas salió al encuentro del visitante.

Los brazos de Lily se enroscaron en torno al cuello de Dowmer. Mientras los labios de la pareja se fundían en un tórrido beso, una bata de abundantes encajes, cayó lentamente al suelo.



Sytta lanzó una exclamación de ira:

—¡Y para eso se ha marchado de aquí!

Bohull entraba en aquel momento y contempló la escena, sonriendo divertidamente.

—Se lo aseglaro, el capitán-inspector Dowmer ha tenido siempre un éxito loco con las mujeres —dijo.

—Pero..., pero yo creí que iba a... a seguir investigando...

—Claro, va a investigar de qué categoría son los encantos de esa rubia —exclamó Bohull.

—Y me ha dejado aquí de centinela...

Dowmer alzó en brazos a Lily. Debajo de la bata, la hermosa rubia llevaba sólo unos centímetros cuadrados de tela en los lugares más estratégicos de su bien formado cuerpo.

—Señora, en su lugar yo dejaría de seguir mirando —aconsejó Bohull maliciosamente.

—Sí, será lo mejor —convino ella, furiosa—. Pero, en cuanto le vea mañana, me va a oír...

—Será mejor que no le diga nada o se enfadará muchísimo. —Bohull se acercó al aparato y movió los controles—. Vigile esa casa, es mucho más interesante.

* * *

A las dos de la madrugada, Sytta, dormida en un cómodo butacón oyó voces y se despertó en el acto.

Miró a la pantalla. Había dos hombres conversando en una de las salas de la residencia.

Uno de ellos era Hadee. Al otro no le conocía, aunque le pareció haberlo visto antes en alguna parte.

«—No, no me ha seguido nadie —dijo el visitante con escaso buen humor—. Pero quiero noticias, Bonni, o empezaré a pensar que no es usted tan bueno como me aseguraron.

—Tengo a toda la jauría tras su pista —respondió Hadee—. Lo que sucede es que nos hemos topado con un tipo muy bueno.

—¿Dowmer?

—El mismo.

—Puedo poner obstáculos en su carrera...

—Será inútil. Ha dimitido. Lo sé de buena tinta.

—Eso es imposible, Bonni. En todo caso, se trata de un ardid.

Hadee se encogió de hombros.

—Yo también pienso que es una artimaña de ese sujeto, pero no podemos hacer nada. Supuestamente dimitido, Dowmer tiene las manos mucho más libres que si conservase todavía su cargo.

—¿Y ella?

—Lo siento, estamos buscándola como locos.

—¿Usted también? —.preguntó Plowiss con acento irónico.

—Yo soy el jefe —respondió Hadee orgullosamente.

—Bonni, le pago para obtener resultados —refunfuñó el visitante.

—¿Han sido malos hasta ahora? Ya es dueño de Gea-12...

—La administradora está viva y puede crearme problemas.

—Trataremos de resolverlos, pero esa chica tuvo una fenomenal idea al contratar a Dowmer. Por otra parte, no creo que encuentren pistas. Ni siquiera hallarán la *Blonde Jane*. Hablando claro, no la encontrarán jamás.

—El asteroide fue una buena idea, debo admitirlo —sonrió Plowiss—. Pero, ¿qué fue de su constructor?

—Ya no nos molestará.

—Entendido. Bonni, ¿qué me dice del capitán Ubu-Hart?

—Anda por ahí. Es de toda confianza.

—Liquídalo.

—Espere un momento, señor Plowiss. No podemos ir por ahí matando a todo el mundo. Ubu-Hart es de confianza, repito; en un momento dado, podemos necesitar un comandante de astronave...

—Encontráramos otro cuando sea preciso. —Plowiss se dirigió hacia la puerta —. Obedezca, Bonni.

Hadee se encogió de hombros.

—Supongo que usted sabe lo que se hace —dijo.

—Sí, lo sé —contestó Plowiss fríamente.»

La habitación quedó desierta. Sytta se dijo que el UTV era un invento maravilloso. A Dowmer le agradaría contemplar al día siguiente la grabación de la escena que acababa de presenciar.

Pero, de repente, se acordó del lugar en que se hallaba Dowmer en aquellos momentos y se puso furiosa.

* * *

—El muerto se llamaba Hans Garrit —informó el oficial de policía.

—'¿Tenía familia? —preguntó Dowmer.

—Un hermanastro, ~ Ubu-Hart, capitán de astronave. El capitán Ubu-Hart se hizo cargo del cadáver y lo mandó incinerar, con gastos a su cargo, naturalmente.

—Lamentable —comentó Dowmer.

—El capitán Ubu-Hart se sentía muy afectado. Precisamente, hace algunas semanas, ocurrió un terrible accidente en su nave y murió toda la tripulación. El fue el único superviviente.

—Está bien, muchas gracias.

Dowmer abandonó la oficina y salió a la calle. Un poco más allá, Nat Vyley parecía muy ocupado en contemplar el tránsito ciudadano,

Vyley pertenecía a la banda de Hadee. Cuando vio que Dowmer subía a su helimóvil, tomó el suyo y procuró seguirle a prudente distancia.

Media hora más tarde, Vyley vio el aparato perseguido posarse en la trasera de una casa. Vyley tomó tierra a prudente distancia y corrió hacia el edificio.

Hadee se iba a sentir muy contento, pensó, mientras se acercaba a la casa. Seguro, la chica estaba allí.

Vyley aprestó su pistola de balas helicoidales cortantes. En cuanto tuviera a la chica a tiro...

Dowmer había entrado ya en la casa. Bohull le recibió con una sonrisita maliciosa.

—Ella está en el baño —dijo—. Se ha pasado la noche en vela.

—Algo tenía que poner, de su parte, ¿no cree, Julius? ¿Estamos seguros?

—Claro; he vuelto a conectar las barreras en cuanto saltó del aparato. ¿Café, capitán?

—Una taza no vendría mal, en efecto.

Bohull se alejó para volver a los pocos momentos.

—Capitán, usted también ha velado. Tiene ojeras...

—Estoy perfectamente —sonrió Dowmer.

—Sí, claro. Ah, la juventud —-suspiró Bohull.

Sytta salió en aquel momento, envuelta en una bata de baño.

—Me la ha prestado Julius —se excusó.

—No se preocupe por su aspecto. ¿Qué ha pasado durante esta noche?

—¿No le parece que debiera ser yo quien le hiciera esa pregunta?

Sonó una risita burlona. Desconcertado, Dowmer se volvió hacia el dueño de la casa.

—Empiezo a comprender —rezongó Dowmer.

—Quizá sentía curiosidad por saber lo que usted hacía, capitán —dijo Bohull maliciosamente.

—Pero también he cumplido las órdenes que usted me dio —dijo Sytta con

voz tensa—. Repita la grabación a partir de las dos de la mañana; verá algo muy interesante. Mientras tanto, con su permiso, voy a terminar de arreglarme.

Dowmer se situó ante el aparato de UTV.

—Julius, no debió haber dejado sola a la chica —rezongó.

—Oiga, usted me contrató para ciertas cosas, pero no como vigilante de una mujer celosa.

—Nada de celosa; la maldita curiosidad femenina..,

De repente, se oyó un grito en la estancia contigua:

—¡Alonzo, creo que hay alguien en el jardín!

CAPITULO V

Dowmer corrió inmediatamente hacia el dormitorio del dueño de la casa. Sytta se había quitado la bata de baño, para ponerse sus propias ropas, pero la mantenía delante del cuerpo, situada junto a una de las ventanas.

—Ahí, al otro lado de su helimóvil —indicó ella.

Dowmer se acercó en silencio a la ventana. Un hombre se movía entre los arbustos que delimitaban el jardín.

De pronto, quedó a la vista. Dowmer captó en el acto la imagen de la pistola que empuñaba el sujeto.

—Es Vyley —dijo—. Ha debido de seguirme...

—¿Le conoce? —preguntó ella, sin dejar de oprimir la
bata contra su cuerpo..

—Andan buscándola por todas partes. Vyley debió de verme y me ha seguido. Es otro de la misma clase que Erdus.

Vyley avanzó unos cuantos pasos. De repente, se produjo un vivísimo fogonazo.

Un cuerpo humano ardió horriblemente durante unos segundos. Luego se deshizo en una apestosa columna de humo negro, que el viento se encargó de disipar a los pocos momentos.

Sytta lanzó un grito de horror y se cubrió los ojos con ambas manos, olvidándose de la bata. Dowmer sonrió, se inclinó y se la entregó de nuevo.

— ¡Oh! —dijo ella.

Dowmer se dirigió hacia la puerta.

—Termine de vestirse —recomendó, por encima del hombro.

En el laboratorio, Dowmer se sirvió otra taza de café.

—Tu barrera funciona bien, Julius —elogió.

—¿Quién era el tipo? —preguntó Bohull.

—Un asesino a sueldo.

—Entonces, no se ha perdido nada.

—Eso creo. Julius, la chica ha dicho que debo repetir la grabación a partir de las dos de la mañana.

—Vería algo interesante, supongo. Yo estaba dormido como un leño.

Bohull se marchó. Dowmer hizo funcionar los mecanismos de la grabadora acoplada al aparato de TJTV. A los pocos segundos, se repetía en la pantalla la escena que Sytta había presenciado en el momento de producirse.

Dowmer escuchó con atención. Sí, Plowiss tenía miedo de que se descubriese el pastel.

Una frase referente a Bray llamó poderosamente su atención. ¿Qué significaba aquello de un asteroide construido por alguien?

Tal vez se trataba de una clave, que sólo los interesados conocían, se dijo, cuando vio que ya no era necesario seguir contemplando el aparato.

—¿Ha visto la grabación? —preguntó.

—Sí, ha resultado muy interesante.

—Ya no cabe duda; Plowiss tiene la culpa de todo.

—Lo difícil es probarlo —dijo Dowmer—. Y eso es algo que no conseguiremos en Rhondus.

—¡Cómo! ¿Está sugiriéndome la idea de un viaje?

—Sí, justamente.

—¡¿Puedo saber adónde?

-—El dinero de los impuestos salió de Gea-12, creo recordar.

—Y llegó intacto a Ohatar, la capital del XXVIII Sistema, donde se le pusieron las bandas-precinto de garantía. La nave zarpó de Ohatar...

—Sin que se haya vuelto a saber más de ella. Bien, viajaremos a Ohatar, Sytta.

—¿Ha dicho «viajaremos»?

—Exactamente. ¿Cómo anda de fondos?

—Todavía me quedan unos veinticinco mil...

—Suficiente —cortó él.

—Oiga, Alonzo —dijo la joven.

—¿Sí?

—¿Qué le ha pasado a ese desgraciado? Ardió como una pavesa.

—Tropezó con una barrera de energía. Eso es algo que suele pasarles a los que quieren meter las narices donde no deben.

Dowmer se acercó de nuevo al UTV y manipuló unos momentos en los mandos. Puso el aparato en marcha, comprobó su funcionamiento y luego se acercó al videófono situado en una mesa.

—Mire la pantalla —indicó—. Quizá le guste repetir la escena.

Sytta volvió los ojos. La pantalla reflejaba de nuevo el momento del encuentro entre Dowmer y Lily.

Ella enrojeció violentamente, a la vez que lanzaba un grito de rabia,

— ¡Fue a divertirse! —exclamó.

—Me lo tenía merecido, creo —contestó él, impasible. De pronto, vio un rostro humano en la pantalla y exclamó—: ¡Hola, Jack! ¡Necesito uno de tus cascajos! ¿Cuándo tendrás listo el cacharro?

—¿Piensas ir muy lejos? —preguntó el otro.

—¡No puedo asegurar nada. Tal vez me pase meses lejos de aquí...

—En tal caso, dame tres días, Alonzo.

—De acuerdo, tres días. Pero yo te voy a dar un consejo, Jack: la cosa está que arde, de modo que vigila bien. No quiero llevarme un disgusto cuando esté en el espacio, ¿comprendes?

—Alonzo, mi astillero está protegido por una barrera, Bohull. ¿Conoces sus efectos en los intrusos?

Dowmer se echó a reír.

—He tenido ocasión de comprobarlo no hace todavía una hora —respondió

—, Dentro de tres días..., ¿a qué hora?

—Cinco minutos antes de la medianoche, Alonzo.

—Está bien. ¿Y el precio?

—Veintidós mil, incluidos seguros y provisiones.

—Conforme.

Dowmer cortó la comunicación y se volvió hacia la joven.

—Seguirá aquí hasta el momento de la partida —dispuso.

Sytta asintió:

—Creo que es lo más prudente. Oiga, ha dicho veintidós mil...

—Es el precio de alquiler de una astronave para dos pasajeros, durante tres meses como mínimo, incluidas provisiones y seguro. Pero le diré que los astilleros de Jack Marr son de absoluta garantía y que esto nos permitirá viajar tranquilos, sin temor a accidentes inesperados.

—Ojalá sea como dice —suspiró ella.

Dowmer inició la marcha hacia la puerta.

—Volveré a la noche —declaró—. Le traeré su equipaje.

—SI, necesito ropa limpia —convino ella.

Dowmer subió a su aparato, una vez desconectada la barrera protectora, y emprendió el vuelo a poca velocidad. Un par de minutos más tarde, descendía junto el aeromóvil que había pertenecido a Vyley. El aparato se elevó a los pocos momentos, siguiendo un rumbo que Dowmer había programado en su cuadro de mandos.

Sytta había vuelto a su puesto de observación, ante la pantalla de UTV. Ahora contemplaba el jardín y la piscina de Hadee. Este se hallaba a la sombra, tumbado en una hamaca. A su lado, la rubia tomaba el sol.

De pronto, Sytta vio que Hadee se ponía en pie, vivamente alarmado. Helya Bray se incorporó igualmente, sujetando con ambas manos los dos trocitos de tela que se había quitado del torso para tostar su piel con más comodidad.

Algo descendió de las alturas con moderada velocidad. Hadee y la rubia

echaron a correr, llenos de pánico.

Atónita, la joven vio que un helimóvil se precipitaba en la piscina, levantando una colosal oleada de agua que se esparció en todas direcciones. El suelo y las pare-des de la piscina se agrietaron, como consecuencia del impacto. Sytta tardó mucho rato en comprender lo que había sucedido.

Pero se sintió muy complacida de que Dowmer le hubiera dado una buena lección a aquel jefe de asesinos.

* * *

—No sabía que hubiera dimitido, capitán.

Dowmer se detuvo. Cruzaba el lujoso vestíbulo del Terrae y el hombre, vestido elegantemente, le había detenido para dirigirle aquellas palabras

—Así es, señor Plowiss —confirmó Dowmer, sonriendo—. Estaba un poco cansado del servicio.

—Y ahora trabaja de una forma digamos privada.

—Más o menos.

—Yo podría ofrecerle un buen empleo, Alonzo.

—Administrador de Gea-12, supongo.

El rubicundo rostro de Plowiss enrojeció más todavía.

—Nadie administrará ese planeta, sino yo mismo —contestó.

—No me interesan puestos secundarios —declaró Dowmer.

—Le gusta ser el primero, ¿eh?

—En algunas cosas, si.

—Alonzo, piénselo bien. Su empleo podría ser muy descansado y verdaderamente remunerativo.

—No dore tanto la píldora o cederé —rió el joven—. Perdone, pero tengo un poco de prisa.

—Venga a verme cuando guste — se despidió Plowiss.

«Un tipo listo», pensó Dowmer, mientras se acercaba al bar del hotel.

Plowiss se había limitado a insinuar un soborno, bajo la capa de un magnífico empleo, pero sin mencionar a Sytta D'Oulv para nada. No obstante, el más lerdo habría comprendido en el acto cuáles eran las reales intenciones del sujeto.

Durante un buen rato, permaneció tomando una copa en el bar. Eran cerca de las seis de la tarde, cuando vio entrar a su hombre.

El recién llegado se dirigió hacia uno de los ascensores. Dowmer le siguió discretamente y llamó a la puerta de su habitación poco después.

Un rostro nada amistoso asomó casi en el acto.

—'¿Qué desea, amigo?

—Me llamo Alonzo Dowmer. Deseo hablar con usted, capitán Ubu-Hart.

Los ojos del individuo estudiaron críticamente al visitante. Tras unos segundos de indecisión, acabó por echarse a un lado.

—Pase —dijo secamente—. Sea breve; tengo prisa.

—¿Se va de viaje, capitán?

Ubu-Hart se revolvió en el acto.

—¿Quién le ha dicho...?

—Hans Garrit ha muerto asesinado. Era su hermanastro.

La cara de Ubu-Hart estaba cenicienta.

—Un crimen asqueroso —calificó.

—Tal vez, aunque no menos repugnante que el que usted llevó a cabo con sus tripulantes.

—¡Fue un accidente...!

—Capitán, no voy a discutir lo que pasó a bordo de su nave —dijo Dowmer fríamente—. Me interesa más saber la forma en que su hermanastro tenía billetes de cierta emisión, ya muy antigua.

—Estaba sin trabajo y me pidió ayuda, eso es todo.

—La *Blonde Jane* transportaba dos megafrancos, en billetes de a diez. Prácticamente, puede decirse que ya sólo quedaban billetes de esa emisión en Gea-12.

—'¿Insinúa usted que yo...?

—La *Blonde Jane* desapareció y con ella su tripulación y el dinero que transportaba. Capitán, hablando sinceramente, es usted un tipo muy sospechoso.

—Salga de mi habitación —dijo Ubu-Hart con voz temblorosa por la cólera —. Salga antes de que...

Dowmer sonreía silenciosamente.

—Tiene miedo, capitán —dijo.

Paseó la vista por las maletas situadas en un lado de la estancia.

—El miedo le hace marcharse de Rhondus —añadió Dowmer—. Teme que le suceda igual que a Hans. ¿Se quedó los dos megafrancos completos o tuvo que compartirlos con alguien?

—No tengo más que decir. Váyase —contestó Ubu-Hart roncamente.

—Muy bien, pero está lleno de pánico. Usted, mejor que nadie, sabe a qué se debe ese miedo. Y, créame, yo no siento hacia usted la menor compasión.

Dowmer giró sobre sus talones y puso la mano sobre el picaporte.

—A veces, ciertas hazañas no se pagan solamente con dinero —dijo, como despedida.

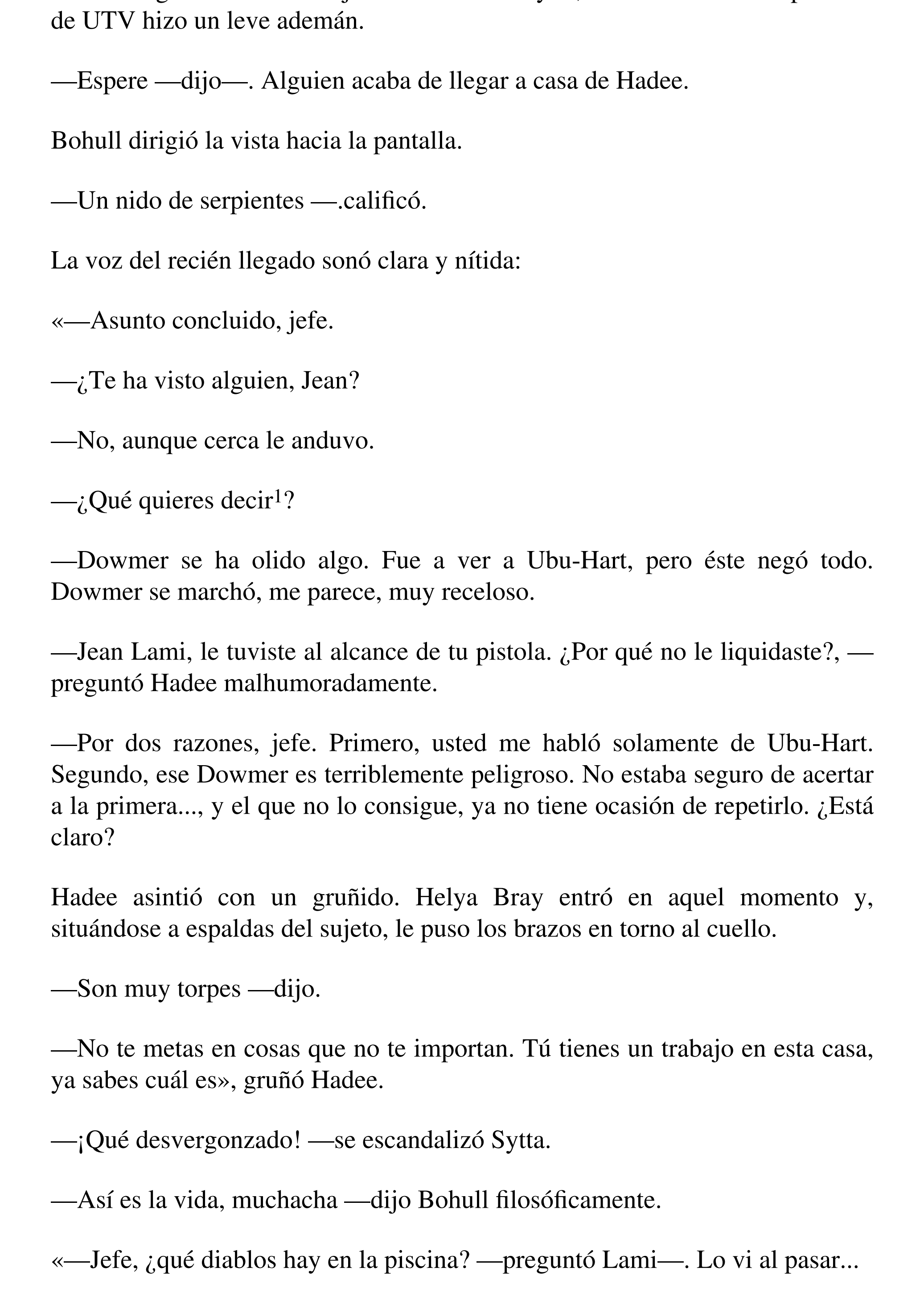
Ubu-Hart no contestó.

Sudaba copiosamente. Al quedarse solo, corrió al baño. Sí, aquel maldito visitante tenía razón. Estaba lleno de pánico. Al principio, todo había parecido muy sencillo, muy productivo..., pero su hermanastro había muerto debido al error de emplear un billete de diez P.G., de una emisión legal, pero prácticamente en desuso.

Entró en el cuarto de baño. Algo rodeó su cuello con presión irresistible. Tardíamente, Ubu-Hart se dio cuenta de que el asesino había estado aguardando escondido en aquel lugar.

El cordón apretó, apretó implacablemente.

CAPITULO VI



Bohull llegó con una bandeja en las manos. Sytta, sentada frente a la pantalla de UTV hizo un leve ademán.

—Espere —dijo—. Alguien acaba de llegar a casa de Hadee.

Bohull dirigió la vista hacia la pantalla.

—Un nido de serpientes —.calificó.

La voz del recién llegado sonó clara y nítida:

«—Asunto concluido, jefe.

—¿Te ha visto alguien, Jean?

—No, aunque cerca le anduvo.

—¿Qué quieres decir[1]?

—Dowmer se ha olido algo. Fue a ver a Ubu-Hart, pero éste negó todo. Dowmer se marchó, me parece, muy receloso.

—Jean Lami, le tuviste al alcance de tu pistola. ¿Por qué no le liquidaste?, —preguntó Hadee malhumoradamente.

—Por dos razones, jefe. Primero, usted me habló solamente de Ubu-Hart. Segundo, ese Dowmer es terriblemente peligroso. No estaba seguro de acertar a la primera..., y el que no lo consigue, ya no tiene ocasión de repetirlo. ¿Está claro?

Hadee asintió con un gruñido. Helya Bray entró en aquel momento y, situándose a espaldas del sujeto, le puso los brazos en torno al cuello.

—Son muy torpes —dijo.

—No te metas en cosas que no te importan. Tú tienes un trabajo en esta casa, ya sabes cuál es», gruñó Hadee.

—¡Qué desvergonzado! —se escandalizó Sytta.

—Así es la vida, muchacha —dijo Bohull filosóficamente.

«—Jefe, ¿qué diablos hay en la piscina? —preguntó Lami—. Lo vi al pasar...

—Nat no ha vuelto ni hay rastros de él —contestó Hadee, sin abandonar su mal humor—. Ese es su helimóvil, que alguien programó para que se estrellara en la piscina.

Lami silbó;

—Seguro que se tropezó con Dowmer —dijo.

—Está bien, no te preocupes más de eso. El asunto Ubu-Hart está liquidado.

—Definitivamente —sonrió Lami—. Pero no me envíe contra Dowmer.

—Jean, si tuvieras un jefe más listo, me enviaría a mí —dijo Helya de repente.

—¿Qué quieres decir tú? —preguntó Hadee.

—Todo el mundo lo sabe. Dowmer es un tipo enamoradizo. Y yo, me parece, no soy fea. ¿Verdad, Jean?

Los ojos de Lami recorrieron codiciosamente la curvilínea silueta de la mujer. Fue a decir algo, pero, tembloroso de la cólera de su jefe, prefirió callar.

—Helya, ¿cuál es tu plan? —inquirió Hadee, repentinamente interesado.

—Muy sencillo. Dejaré que... me haga la rosca y le pondré un veneno en su copa. Tú entiendes algo de venenos, ¿no es cierto?

Hadee asintió,

—No está mal pensado —convino—. Tengo ahí cierto líquido, del que tres gotas son suficientes para matar a un elefante. Y no huele, ni tiene sabor, ni deja rastros en el organismo...

Helya hizo un gesto muy atractivo con el dedo índice.

—Ven, vamos a elaborar un plan infalible —dijo, insinuante.»

Dowmer llegó a los pocos minutos. Sytta corrió a su encuentro.

—Creo que Ubu-Hart ha sido asesinado —informó.

Dowmer guardó silencio unos momentos. Luego dijo:

—Con razón se le veía lleno de miedo. ¿Ha grabado algo interesante, Sytta?

—Sí, venga.

Sytta hizo que el aparato repitiese íntegramente la escena a partir del momento de la llegada de Lami a la casa de Hadee. Al terminar, Dowmer sonrió.

—Tenemos suerte, gracias a Bohull —dijo—. Pero ya no cabe la menor duda de que Ubu-Hart mandaba la nave que asaltó la *Blonde Jane*. Lo lastimoso del caso es que ya no podremos saber las coordenadas del lugar donde se produjo el asalto.

—Alonzo, ella, la señora Bray piensa asesinarle...

—Eso no me preocupa ahora, ya estoy prevenido. Hay cosas más interesantes en que pensar, Sytta.

—¿Por ejemplo?

—Tenemos que ir a Ohatar, antes que a ninguna otra parte. Allí interrogaremos a los hombres que dijeron que su certificado de pago de impuestos era falso. También es preciso que hablemos con los funcionarios que custodiaban el original del tratado.

—Olvida la copia. También ha desaparecido, Alonzo.

—¿Dónde la guardaba usted?

—En Gea-12 no hay Bancos. Mi padre creyó que estaría más segura en una caja fuerte del Banco Interplanetario de Ohatar;

—Cometió un error, pero no le es imputable —dijo Dowmer—. También investigaremos eso, Sytta.

—¿Y después?

—No tendremos otro remedio que seguir la órbita de la *Blonde Jane*.

—Pero eso es .lo mismo que buscar una aguja en un pajar...

—Muchacha, si las cosas son como yo calculo, Ubu-Hart y sus piratas se limitaron a saquear la nave, dejando luego que siguiese su órbita, con la esperanza de que se estrellase en algún astro. Las rutas del espacio en ese sector son escasamente concurridas, ¿comprende?

—Supongo que usted sabe lo que se hace —dijo ella.

—Eh miren ahí —exclamó Bohull de repente—. Parece que va a suceder algo muy interesante.

* * *

«—De modo que éste es el veneno —dijo Helya.

—Sí. Tres gotas...

—Lo sé, lo sé, querido.

Helya miró al trasluz el frasquito que Hadee acababa de entregarle. Sonrió, muy divertida al parecer.

—Dowmer picará como un tonto —aseguró—. Cariño, ¿por qué no me invitas a una copa? Debiéramos brindar anticipadamente por el éxito de la operación.

Hadee se echó a reír.

—No es mala idea —dijo—. La verdad, nunca se me había ocurrido que fueses capaz de idear un plan semejante.

—Debajo de este pelo tan bonito y que tanto te gusta hay un cerebro mejor de lo que calculas —sonrió Helya.

Hadee llenó las copas. Helya levantó la suya,

— ¡Por una hermosa sepultura para el capitán Dowmer!

—Con una lápida de mármol terrestre, que yo pagaré de muy buena gana —rió Hadee.

Tomó un trago, dejó la copa a un lado y abrazó a la mujer.

—Me tienes loco —susurró cálidamente.

—Voy a apagar. No hago más que ver escenas de amor... —protestó Sytta.

—No lo haga —prohibió Dowmer—. Si el instinto no me engaña, aquí va a suceder algo muy raro dentro de unos minutos.

Hadee mantenía la presión de sus brazos en torno a la cintura de la mujer. Morbosamente fascinada, Sytta vio que Helya inclinaba el frasquito sobre una de las copas.

Al cabo de unos momentos, los amantes se separaron. Helya entregó la copa a

Hadee. Ella tomó la suya.

—Me has dejado la boca seca —rió la mujer.

Hadee apuró de un trago su copa. Ella se colgó de su brazo.

—Vamos fuera —propuso—. El plan está ya perfilado, de modo que podemos darnos un baño.

—Yo no tengo ganas; báñate tú, si quieres.

La cámara de UTV siguió puntualmente los movimientos de la pareja. Lami y Erdus estaban en la terraza contigua a la piscina.

De pronto, Hadee dio un traspié.

—Rayos, me mareo... —dijo.

Lami corrió en su ayuda. La voz de Helya sonó metálicamente:

—Déjale, se está muriendo.

Hadee se volvió, con los ojos desorbitados.

—¡Perra...!

Pero un segundo después, cayó de bruces al suelo. Agitó un poco las piernas y se quedó quieto.

Helya se acercó a una mesa, cogió un cigarrillo y se lo puso en los labios.

—¿Jean?

—Sí, sí..., señora... —contestó Lami, con voz insegura.

—A partir de este momento, yo soy el jefe. El sueldo queda aumentado en el doble, para todos. ¿Está claro?

Los ojos de Lami fueron hacia el cuerpo inmóvil que yacía junto a la piscina,

—¡El jefe ha muerto! ¡Viva el jefe! —gritó cínicamente.»

—Horrible —comentó Sytta.

—Lógico —dijo Dowmer.

—Esa mujer es muy ambiciosa. Tenga cuidado con ella, capitán —recomendó Bohull.

Helya hizo un gesto con la mano.

«—Hay que hacer desaparecer el cadáver —dijo—. Por el momento, todo seguirá igual aquí, para llevar a cabo los planes ya elaborados.

—Sí, señora —contestó Erdus, después de tragar saliva un par de veces.

—Salvo el aumento de suelo, claro —se despidió ella con amplia sonrisa—. ¿Están contentos?

—Contentísimos —aseguró Lami.

—Díganselo así también a los otros. Pero no olviden, puedo ser más implacable todavía que Bonni Hadee y, desde luego, soy mucho menos estúpida.

—Sí, señora.»

Dowmer movió la mano hacia el aparato.

—Es preciso vigilar cada uno de sus pasos —dijo—. Sytta, no se mueva de aquí para nada.

—¿Se marcha, Alonzo?

—Sí. —Dowmer sonrió—. Quizá me vea obligado dentro de poco a aceptar una invitación.

—Ella no es Lily Kuhdar —dijo Sytta maliciosamente.

—Por fortuna para mí, claro.

Una hora más tarde, Sytta vio a Helya abandonar su casa en un helimóvil tripulado por Jean Lami. Sytta se extrañó de que Helya vistiese una indumentaria un tanto anticuada, aunque media hora después tuvo la explicación, cuando la vio sentarse en un diván, cruzando las piernas, sin importarle que el borde de la falda quedase a un palmo de las rodillas.

Los ojos de Dull Plowiss contemplaron el fascinante espectáculo. Reaccionando, encendió el cigarrillo que su hermosa visitante se había puesto en los labios.

«—¿Y bien, señora Bray? —dijo.

—Tengo que darle una buena noticia. O mala, según se mire, señor Plowiss. Usted mismo juzgará...

—¿De qué se trata?

—Hadee ha muerto. —¡Helya lanzó una bocanada de humo—. Yo he heredado el negocio.

Plowiss respingó.

—No sé de qué diablos me está hablando, señora...

—Seamos francos, amigo mío. Yo dejé plantado a mi esposo, usted le conocía muy bien, por marcharme con Hadee. Pero el bueno de Bonni era un poco anticuado para ciertas cosas. Yo soy un poco mejor que él, debo reconocerlo.

—Ha tardado usted un poco en saberlo —dijo Plowiss irónicamente.

—Me convendría aprender bien el funcionamiento de este negocio. Amigo Dull, y permítame que a partir de ahora le llame así, las cosas van a variar un poco. Para empezar, le agradecerá ingrese un megafranco en mi cuenta corriente. El difunto Bonni tenía el defecto de grabar todas las conversaciones que sostenía con usted, ¿comprende?

Plowiss soltó una maldición en voz baja:

—Debí sospecharlo...

—'Pero no lo sospechó, de lo cual yo espero obtener un excelente beneficio. Claro que usted ganará todavía mucho más..., aunque creo que nos necesitará a mí y a mi organización, para que nadie pueda disputarle la propiedad de Gea-12. ¿Sabía usted que Bonni fue el que contrató a Ubu-Hart y a su tripulación?

—Está bien —dijo Plowiss con voz cortante—. ¿Qué más, señora?

Helya se puso en pie.

—Envíeme ese dinero. He aumentado el sueldo a los muchachos, se lo merecían. Bonni era un poco tacaño y yo no quiero deserciones por unos miserables cientos de francos galácticos. A partir de ahora, créame, estará usted infinitamente más seguro.

Ella caminó desenvueltamente hacia la puerta.

—A propósito —dijo—, ¿puede hacerse coronar como rey el propietario de

un planeta?

—¡Si lo desea, no hay ley galáctica que se lo impida —respondió el aturdido Plowiss.

Helya sonrió de un modo especial.

—Resultaría interesante ser llamada majestad —dijo.

Y antes de que Plowiss, pasmado, pudiera decir algo, abrió la puerta y abandonó el lujoso despacho en que había tenido lugar la entrevista.»

—Esa mujer es infinitamente peor que Hadee —comentó Sytta.

—Ahora me explico cómo acabó su esposo tan desastrosamente —dijo Bohull —. Pero su asesino, Hadee, no ha tenido mejor fin.

—Se lo merecía, Julius.

—No me cabe la menor duda.

En aquel momento, Helya se arrellanaba en el asiento posterior del helimóvil.

«—Jean, tenemos que buscar un lugar idóneo para tender una trampa al capitán Dowmer —dijo—. ¿Qué me aconseja usted?

—Conozco un edificio de apartamentos de lujo...

—Llévame allí —ordenó ella perentoriamente.

—Bien, señora.»

CAPITULO VII

—Sytta, le prohíbo que me espíe —dijo Dowmer al día siguiente.

—En estos últimos tiempos, me he acostumbrado a las escenas escabrosas —respondió ella, sarcásticamente.

—No habrá ninguna escena escabrosa... —aseguró él—. Pero no quiero correr riesgos de ninguna clase.

—Creo que no le entiendo, Alonzo —dijo Sytta, desconcertada.

Dowmer consultó su reloj.

—La entrevista tendrá lugar a las siete. A las diez y media vendré a recogerla. Zarpamos cinco minutos antes de medianoche.

De pronto, Dowmer se echó una píldora a la boca y la deglutió rápidamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Sytta, intrigada.

—Contraveneno —rió él.

Bohull apagó el aparato de UTV.

—Suerte, capitán —murmuró.

—Falta le hará —dijo Sytta, pesimista—. Temo más a Helya Bray que a diez tipos como Bonni Hadee.

A las siete en punto de la tarde, Dowmer llamaba a la puerta, Helya, espectacularmente ataviada, le recibid con la sonrisa en los labios,

—Me habían hablado mucho de usted, capitán, aunque nunca había tenido la fortuna de conocerle personalmente —manifestó.

—La fortuna es mía, al hallarme en presencia de una mujer tan hermosa —sonrió el invitado.

—Vamos, vamos, no exagere. Conozco su fama y sé que ha estado con mujeres infinitamente superiores a mí en belleza. ¿Quiere una copa, capitán?

—Por el momento, no, señora. Preferiría mejor que me explicase el motivo de su llamada.

—Tengo cierto problema de impuestos... Me recomendaron a usted como consejero.

—¿Para pagar lo justo o para hacer trampa?

Helya lanzó una suave carcajada.

—Ahora ya no pertenece al Tesoro —dijo.

—las trampas son muy difíciles, señora.

—Usted es experto...

—En descubrir fraudes, no en cometerlos.

Ella suspiró.

—¿Me habré equivocado de hombre? —dijo.

—Todavía no le he dado una negativa rotunda, señora.

—Me llamo Helya —dijo ella, a la vez que se sentaba en un diván—. Venga aquí, hombre. ¿O es que le doy miedo?

—Muchísimo, señora...

Ella volvió a reír.

—No soy ninguna fiera, Alonzo. —Había dos copas llenas en una mesita próxima y entregó una al invitado—. ¿De veras no tiene sed?

—Si insiste...,

Helya le miró por encima de su copa. Dowmer apuró la suya en un par de rápidos tragos.

—Muy bueno —chasqueó la lengua al terminar.

—Champaña legítimo de la Tierra —dijo ella—. Luego le enseñaré mi última declaración de ingresos. Quiero que vea lo que se puede hacer, Alonzo. Sinceramente, no ando demasiado bien de fondos y los impuestos son elevadísimos.

—Claro, claro. ¿Ha pagado impuestos sobre la herencia?

—Mi esposo no dejó más que unos cientos de...

—Me refiero a la herencia de Hadee, señora.

Ella dejó de sonreír en el acto.

—No entiendo —dijo.

—Bonni Hadee ha muerto.

—Desconozco a ese individuo...

—Hadee no tuvo la precaución de tomar un antídoto contra el veneno que no tiene olor, color ni sabor, ni deja tampoco rastros en el organismo.

—¿Cómo lo sabe usted? —gritó Helya, a la vez que se ponía en pie de un salto.

—¿Dónde está la *Blonde Jane*

De pronto, Helva corrió hacia una consola. Abrió el cajón superior y agarró la culata de un arma, pero una mano de dedos de acero oprimió su muñeca con terrible fuerza, haciéndola gritar de dolor. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, Helya se sintió catapultada hacia el diván, en el que cayó hecha un ovillo.

—Hermosa, no me importa la muerte de Hadee, que no era sino un sádico asesino, que al fin acabó tomando una dosis de la medicina que él había propinado a tantas personas. Hay algo que me importa mucho más y, créame, llegaré hasta el fin.

—Quiere... reconquistar Gea-12... —tartamudeó Helya, aterrada.

—En parte, ése es uno de les motivos de mi presencia en esta casa. Otro motivo es el capitán de la *Blonde Jane.*

—No le conozco...

—Era mi padre, y el viaje con el dinero de Gea-12 era su último viaje como comandante de astronave. Iba ya a retirarse, pero alguien lo impidió.

Desde la puerta, Dowmer amenazó a la mujer con el índice.

—Usted no tuvo nada que ver con el asunto de la *Blonde Jane* y el criminal capitán de piratas ya pagó con su vida esa matanza. Pero no siga adelante en este asunto o terminará como... como Nat Vyley, por ejemplo, abrasado en una barrera de energía de sesenta megavatios.

Helya abrió la boca estupefacta. Cuando quiso decir algo, ya estaba sola.

Tardó un buen rato en reaccionar. Había pensado que todo saldría con suma facilidad, pero Dowmer había resultado ser más astuto de lo esperado.

Estaba muy bien enterado de lo que había pasado en la casa. ¿Cómo lo había conseguido?

¿Tenía algún traidor entre los miembros de la «escudería»?

* * *

Vestido solamente con un «slip» y unas lentes de gruesos cristales oscuros, con un alto vaso lleno de refresco en la mano y un cigarrillo encendido en la otra, Alonzo Dowmer se acercó al reproductor musical y presionó un botón. Luego se tumbó en la hamaca de cuerda que había dispuesto con anterioridad.

Así le encontró Sytta minutos después, y se quedó muda de asombro al contemplar la insólita escena.

—Pero, ¿qué hace usted ahí? —exclamó—. ¿Así es cómo gobierna la nave?

Displicente, Dowmer sacudió la ceniza del cigarrillo con el meñique.

—La nave, apreciada patrona, viaja por sí sola, una vez programado el rumbo. Tenemos una semana larga de viaje por delante, hasta Ohatar, de modo que no voy a pasarme todo ese tiempo en la cabina de mando.

—Aquí está mejor, claro —dijo Sytta mordazmente.

—Mire al techo. Hay lámparas de rayos ultravioleta, que tostarán agradablemente mi piel. Personalmente, prefiero la playa, y la brisa marina y el sol, pero aquí, a bordo, no tengo otra solución.

—Tipo fresco...

—No lo crea. He realizado viajes solo y entonces hacía lo mismo, sólo que sin «slip», claro.

Sytta se dirigió hacia la puerta, taconeando vivamente.

—Por mí, puede quitárselo —'dijo, sin mirar atrás siquiera.

—Ya la avisaré cuando le llegue su turno —observó él, socarronamente.

Cuatro días más tarde, Dowmer recibió una llamada por la radio subespacial.

—Hola —dijo Bohull—. Tengo noticias para usted, capitán; pero esta comunicación me costará un ojo de la cara...

—Pase la factura a mi cuenta bancaria —respondió el joven—. ¿Qué sucede ahora?

—Le diré, éste es un asunto que había empezado a intrigarme, de modo que seguí el espionaje por mi cuenta. No sabe cuánto me felicito ahora de mi curiosidad; como vulgarmente se dice, tuve que salir por piernas, aunque antes me vi obligado a destruir mi aparato de UTV, para que no cayera en poder de esos forajidos, ¿comprende?

—Le pagaremos otro trasto nuevo, más el trabajo, Julius. ¿Cómo le localizaron?

—Verá, Helya empezó a sospechar que usted estaba muy bien enterado de algunas cosas, de modo que lo comentó con sus hombres. Uno de ellos, de pronto, se acordó de mí. Por suerte, estaba escuchando en aquel momento; así que en cuanto Helya dio orden de que me capturasen, emigré a toda prisa, destruyendo antes, como ya he dicho, el UTV. Ellos no saben dónde estoy ahora y, puesto que he escapado, no creo que se preocupen más de mí. Su interés está centrado en usted y en la chica.

—¿Qué más sabe, Julius? —preguntó Dowmer.

—Helya es lista, mucho más que Hadee. Ella ha conseguido averiguar dónde están ustedes ahora. Usted pudo alquilar la nave secretamente, pero tuvo que registrar su marcha en el astropuerto.

—Lo dispone la ley, no podíamos eludir este trámite.

—Ella lo sabía y consiguió averiguarlo. De modo que mencionó que saldría detrás de ustedes...

—Estaremos prevenidos, Julius, muchas gracias.

—Aguarde, eso no es todo. Helya ha decidido «refrescar» la sangre de la banda. Ahora tiene a su lado a un tal Yosty Lurran, un tipo enormemente guapo, pero con los mismos sentimientos que un caimán hambriento y la piedad de un tiburón.

—Me suena el nombre de Lurran. ¿Algo más, Julius?

—Oí a Helya hablar con Plowiss un par de de veces. Plowiss no la manejará tan fácilmente como manejaba a Hadee.

—Vaya, cómo se ha destapado la prójima... Y parecía una rubia de cabeza hueca...

—Nada de eso, es una fulana de mucho cuidado, tanto, que como Plowiss no ande listo, perderá Gea-12 o poco menos, Recuerdo muy bien que ella se rió por no sé qué y le dijo que pronto tendría que llamarla majestad. ¿Qué le parece, Alonzo?

—Me parece que Helya ha encontrado la oportunidad de su vida y que no piensa desaprovecharla. Gracias y ya nos veremos para saldar cuentas, en el mejor sentido de la palabra. —Suerte, capitán.

—Unos informes muy interesantes —dijo Sytta desde la puerta.

Dowmer se volvió y levantó las cejas al ver a la joven sucintamente ataviada con un «dos piezas», en el que había una escasísima cantidad de tejido.

—¡Vaya! —resopló.

—Sigo sus consejos; yo también tomo el sol en su playa artificial —sonrió ella.

—Nunca sientan mal unas sesiones de rayos ultravioleta —convino él.

—Hablaba con Bohull, me parece.

—Sí, es un buen tipo, en medio de todo, y me ha proporcionado informes de gran utilidad —reconoció Dowmer.

—He oído las últimas frases. ¿Qué ha querido decir Helya cuando dijo que un día tal vez podrían llamarla majestad·

Dowmer puso cara de preocupación.

—Quizá no sean más que fantasías mías, pero... Usted tiene el título de Administradora, pero si lo deseara, podría llamarse reina de Gea-12. No hay ninguna ley galáctica que lo impida, siempre que los habitantes del planeta afectado lo permitan. Y, me parece, los habitantes de Gea-12 no podrían oponerse a la voluntad de Helya Bray.

—De modo que quiere proclamarse reina... Pero, ¿no es Plowiss el propietario?

—Sytta, Helya no es Hadee; es una mujer muy hermosa, llena de ambiciones y absolutamente sin escrúpulos. Sospecho que, como se decía antiguamente,

Plowiss ha encontrado la horma de su zapato.

—Creo que comprendo. Pero si demostramos que todas las operaciones fueron ilegales, que la *Blonde Jane* fue asaltada, ellos perderán todo derecho al planeta.

—Tendremos que luchar de firme para conseguirlo, porque una cosa es segura; ellos no nos darán cuartel si nos atrapan.

Sytta se quedó pensativa durante unos momentos. De pronto, Dowmer emitió un gruñido:

—Será mejor que vaya a vestirse.

Ella sonrió y avanzó desafiadora hacia él.

—¿Tiene miedo de mí? —preguntó, casi rozándole con el pecho.

Dowmer la miró fijamente unos instantes.

—Sytta, no ha llegado todavía el momento —respondió al fin.

—¿Está seguro?

Dowmer cogió uno de sus brazos y la empujó suavemente hacia la salida.

—Quizá ahora se sienta decepcionada, pero más adelante, cuando lo piense detenidamente, comprenderá que fue mejor así —murmuró.

Ella se marchó. Dowmer quedó solo y meneó la cabeza.

—No vuelvas a retarme, Sytta —musitó, seguro de que ella ya no podía escucharle.

CAPITULO VIII

El director del Banco Interplanetario de Ohatar hizo un gesto negativo con la cabeza, una vez que conoció las pretensiones de sus visitantes.

—Lo siento —dijo—, todo fue legal.

—Mi padre no envió jamás a nadie a recoger la copia del tratado —protestó Sytta calurosamente.

El director del Banco tocó un timbre. A los pocos momentos, apareció un empleado.

—Por favor, tráigame toda la documentación referente a la caja de alquiler número F-200-03.

—Sí, señor.

Minutos más tarde, Dowmer y Sytta tenían ante ellos un documento, debidamente legalizado, con toda suerte de firmas y sellos.

—De modo que Gellus D'Oulv autorizó a Willi Mohel a retirar todo cuanto contenía su caja fuerte...

—Así es —confirmó el director—. Para nosotros, la autorización poseía plena autenticidad, de modo que cuando el señor Mohel se presentó aquí, no pudimos formular la menor objeción.

—Mohel reside en Ohatar.

—En efecto, y es un personaje muy distinguido y de gran prestigio: Su profesión es la de representante comercial de productos planetarios y aquí se le tiene en gran estima.

Dowmer se puso en pie.

—Mil gracias —dijo—. He visto el domicilio del señor Mohel...

—Seguramente, sentirá un gran placer en recibirles —dijo el director del Banco.

—No le quepa la menor duda.

Dowmer y la joven salieron a la calle. El se detuvo unos momentos para encender un cigarro, mientras contemplaba el panorama urbano. Ohatar, más

que vieja, era una ciudad poco cuidada y donde los edificios se habían construido de una forma casi anárquica.

Era un sistema planetario nuevo, pensó Dowmer. La colonización databa de un par de siglos antes, como máximo. No había habido tiempo para crear tradiciones, ni cosas- buenas que deleitasen el espíritu. Los primeros colonos, y esto era algo que todavía duraba, habían tenido que dedicarse casi por completo a la supervivencia.

—Dentro de cuatro o cinco siglos,, esto habrá cambiado por completo —murmuró.

—¿Cree que nos importará algo, entonces? —preguntó ella, extrañada por las palabras de su acompañante.

—Dispense, pensaba en voz alta. Vayamos al hotel.

—Creí que iríamos a casa de Mohel...

—Es pronto todavía.

El alojamiento no podía compararse siquiera con el Terrae de Rhondus, aunque tenía la virtud de la limpieza. Con profunda decepción, Sytta vio que se quedaba sola en su cuarto. Dowmer dijo que salía de exploración, aunque no quiso añadir más detalles.

El joven se reunió con Sytta a la hora de la cena.

—Iremos a visitar a Mohel pasada la medianoche -dijo.

—¿Por qué tan tarde? —se extrañó ella.

—Cuando esté allí, lo sabrá. Ahora, dedíquese a estropear su silueta con este hermoso filete y su acompañamiento de mantequilla, patatas fritas y cebollas tiernas. Cuando haya terminado, se sentirá mucho mejor, se lo aseguro,

Sytta no pudo contener un sonrisita.

—Usted no pierde el humor nunca —dijo.

—Trato de conservarlo aun en las más difíciles circunstancias y, hasta ahora, me ha ido bien.

—Pero es soltero...

—Quizá por eso no he perdido el humor —rió Dowmer.

—¿No ha encontrado aún la mujer de su vida?

—La busco desde hace casi veinte años, es decir, empecé a los quince, poco más o menos.

—Algún día la encontrará, Alonzo.

—Eso espero. Sytta, dígame una cosa, ¿cómo es Gea-12?

Los ojos de la muchacha se iluminaron.

—Para mí es el mundo más hermoso que podría desear —contestó—. Yo vivo en un lugar maravilloso, en la falda de una colina, rodeada de árboles... Nunca faltan la hierba ni las flores y un arroyo corre cerca de la casa... La temperatura es siempre muy agradable y... Fíjese si será un planeta apacible, que las fieras no atacan a los seres humanos. Hay felinos más o menos parecidos a los terrestres, pero les sobran presas y usted puede pasearse en medio de una manada de tigres nativos, sin el menor temor... Las puertas de las casas no se cierran jamás...

—Está describiendo el Edén, Sytta —dijo él.

—Es que Gea-12 es un Edén, Alonzo —respondió la joven, muy seria.

—Y alguien quiere convertirlo en un infierno.

—Eso es lo que yo trato de evitar. ¿Lo comprende ahora?

Dowmer asintió.

—Lo evitaremos —aseguró.

* * *

La casa se hallaba en un pequeño altozano, rodeada de árboles. El edificio tenía una apariencia de lujo desaforado, sobre todo, si se la comparaba con las demás de Ohatar. Había algunas ventanas iluminadas en la planta baja, apreció Sytta, cuando Dowmer tiró de su brazo para detenerla momentáneamente.

—Espere —musitó. •

Tenía en la mano un pequeño aparatito, que movió varias veces a derecha e izquierda y también arriba y abajo. Luego lo dejó en el suelo.

—La suerte nos favorece —sonrió—. Mohel está tan seguro de sí mismo, que

no ha hecho instalar alarmas en su casa. Sigamos.

Sytta tomó la mano que le ofrecía su acompañante y caminó a su lado en silencio. A los pocos momentos, se detenían junto a una de las ventanas.

Una mujer de mediana edad se levantaba en aquel momento.

—Tengo sueño, Willi —dijo.

—Yo subiré más tarde; aún me queda algo de trabajo atrasado.

Mohel era un sujeto enormemente gordo, con una fenomenal doble papada, que resoplaba sibilantemente al respirar. Pero Dowmer sabía que, tras aquellos ojos porcinos, latía una inteligencia poco común.

—O no habría llegado a ser uno de los comerciantes más poderosos de este sistema —murmuró.

Mohel se levantó, no sin esfuerzo, y abandonó la sala, para pasar a otra habitación. Dowmer aprovechó la ocasión para entrar en la casa. Sytta le siguió instantes más tarde, izada como una pluma por los poderosos brazos masculinos.

—Es usted fuerte, Alonzo —musitó, admirada.

—No soy lo que se dice un tío canijo —rió él—. Vamos.

Caminaron de puntillas. Instantes después, Dowmer abría muy despacio la puerta de una habitación, en donde el dueño de la casa se hallaba tras una mesa de trabajo, ocupado, al parecer, en unos libros de cuentas.

—Hola —dijo Dowmer.

Mohel alzó la cabeza, sobresaltado.

—¿Quién es usted? —preguntó, sin perder la serenidad.

Dowmer entró y atrajo a la muchacha con una mano, cerrando la puerta a continuación.

—Le presento a Sytta, hija de Gellus D'Oulv, señor Mohel —dijo el joven.

Mohel se puso en pie bruscamente.

—La hija de...

—Sí, ella misma. Sytta, dígale a qué ha venido.

—Señor Mohel, entrégueme la copia del tratado que usted se llevó del Banco.

—No sé de qué me está hablando...

—Sytta, cierre con llave —ordenó Dowmer.

Ella obedeció. Dowmer avanzó hacia la mesa.

Mohel intentó sacar una pistola de uno de los cajones. La mano derecha de Dowmer llegó mucho antes y golpeó un mantecoso antebrazo.

Lágrimas de dolor aparecieron en los ojos de Mohel. Dowmer se situó a su lado, agarró la muñeca y retorció él brazo a la espalda.

—Puedo romperle todos los huesos, uno por uno... —dijo ominosamente—. Y, créame, no me importaría en absoluto.

—Pero es que yo no...

Dowmer acentuó la presión. Mohel lanzó un gruñido de dolor.

—Está bien, basta —gimió el comerciante—. Se lo entregaré, pero suélteme...

Dowmer dejó el brazo libre. Por precaución, se apoderó de la pistola de Mohel, quien se encaminó resignadamente hacia una de las paredes de la estancia.

Dowmer se acercó a él, pistola en mano.

—Cuidado con las trampas —avisó.

Mohel no contestó. Momentos después, Dowmer entregaba a la muchacha un grueso sobre.

—Compruebe el contenido —indicó.

Ella rasgó el sobre. Durante unos momentos, hubo un silencio total en el despacho. Al fin, Sytta alzó su cabeza.

—Es la copia..., bien, en realidad, puede decirse que fueron redactados dos originales. Este es el que pertenecía a mi padre; lo dice en el encabezamiento y está firmado por el entonces Ministro del Tesoro de este Sistema.

—Muy bien, no se hable más —sonrió Dowmer.

—Esperen un momento.

Dowmer y la muchacha se volvieron hacia Mohel.

—Soy un hombre importante en Ohatar —dijo el gordo—. Les haré la vida imposible, se lo aseguro...

Dowmer se echó a reír.

—En su lugar, yo cerraría el pico y no diría nada de nuestra visita. No le conviene, ¿sabe?

—¿Por qué? —se extrañó Mohel—. Ustedes me han asaltado...

—Hace tiempo, usted se puso de acuerdo con alguien para robar este tratado. Apostaría toda su fortuna contra un milésimo de franco galáctico, a que usted dijo a ese alguien que el tratado había sido destruido.

Mohel palideció.

Impasible, Dowmer prosiguió:

—Usted lo conservaba como un arma que le permitiera combatir algún día a su cómplice..., incluso, si las circunstancias se variaban, para aliarse con el Administrador de Gea-12. Dull Plowiss está en camino hacia Ohatar. Cuando llegue, dígale que hemos estado aquí y que nos hemos llevado el tratado.

—Diablos —rezongó Mohel.

—Le conviene callar, incluso nuestra presencia en la ciudad. Por lo menos, dígale que no nos ha visto siquiera. Adiós, Willi.

Mohel se quedó abrumado, incapaz de la menor reacción. Dowmer y la joven corrieron un buen rato, a fin de alejarse de la casa lo más rápidamente posible. Luego caminaron a un paso normal.

—Alonzo, ¿cree de veras que Mohel callará? —preguntó Sytta al cabo de unos minutos.

—Sabe que le conviene —respondió él—. Estoy seguro de que dijo a Plowiss que había destruido el tratado. Si Plowiss se enterara de que le ha mentido, tomaría ciertas represalias que usted puede imaginar fácilmente.

—Pero no le hemos hecho nada... Seguramente, Mohel fue quien preparó todo para el asalto a la *Blonde Jane*...

—Eso fue cosa de Hadee, El capitán Ubu-Hart murió en Rhondus y no aquí. Posiblemente, Mohel estuvo encargado solamente de lo concerniente al trabajo de conseguir el tratado, mediante una autorización falsa.

—Pero queda el documento de impago de impuestos...

—Es legítimo. Usted creía que era falso, pero el funcionario encargado de expedirlo lo hizo porque sabía que esos impuestos no habían sido pagados. Usted podría haber solucionado el problema, enseñando el tratado, pero no lo tenía.

Sytta asintió, desalentada.

—De todos modos, este tratado prueba solamente que no debíamos pagar impuestos —dijo.

—De momento, usted puede presentar una reclamación, solicitando la nulidad de la inscripción de Gea-12 en favor de Plowiss. Tardará tiempo, pero lo conseguirá.

—¿Y eso es todo, Alonzo?

—Todo, no: ahora sólo nos falta buscar la *Blonde Jane* y probar que fue asaltada y saqueado su cargamento de dinero. Entonces, podremos enviar a Plowiss a una penitenciaría sideral por el resto de sus días.

—Habla usted como si tuviera una cuenta particular pendiente con él —dijo la muchacha.

—Sí, tengo una cuenta pendiente con Plowiss —admitió Dowmer ceñudamente.

En la voz de Dowmer, advirtió Sytta, había una insólita nota de dureza.

Compadeció a Plowiss.

CAPITULO IX

Algo tintineó suavemente en la oreja izquierda del durmiente. Dowmer se sentó en la cama instantáneamente.

El tintineo se repitió. Dowmer saltó del lecho, se puso los pantalones rápidamente y salió de su habitación.

El dormitorio de Sytta era contiguo al suyo. Dowmer abrió sin hacer el menor ruido. La luz de dos de los siete satélites de Ohatar entraba a raudales por la ventana abierta,

Dowmer vio a la joven dormida plácidamente, la cabellera extendida corno un abanico sobre la almohada y el brazo izquierdo fuera de las sábanas. Pero, casi en el acto, fijó la vista en la abierta ventana.

Pisando como un gato, cruzó el dormitorio. Cuando llegaba a la ventana, divisó las manos de un hombre que se apoyaban en el antepecho.

Dowmer disparó tres golpes en rapidísima sucesión: dos, a las manos, con el puño usado como maza y un tercero lanzado a la nariz del intruso. Se oyó un grito sofocado.

Un cuerpo humano volteó por los aires y se estrelló contra el suelo, al pie de la ventana. Dowmer asomó medio cuerpo. Alguien corría a lo lejos, escapando del lugar con ridículos pataleos.

—Le dará un ataque al corazón —murmuró

En aquel instante, se encendió la luz.

—No grite, soy yo —dijo Dowmer.

Sytta se sentó en la cama, cubriéndose el pecho con las sábanas.

—Pero, ¿qué frescura...?

Dowmer le enseñó el gancho y parte de la cuerda de nudos, utilizado por el asaltante para llegar hasta la ventana.

—Querían robarle —dijo.

La cuerda y el gancho volaron por los aires. Dowmer corrió las cortinas.

—No vuelva a dormir más con la ventana abierta, mientras no se encuentre en

Gea-12 —recomendó.

—Un momento, no tan aprisa —exclamó ella—. ¿Cómo ha sabido que querían asaltarme?

Dowmer sonrió, a la vez que se tocaba la oreja izquierda.

—Instalé una alarma en su ventana — explicó—. En cuanto el gancho tocó el alféizar, este detector empezó a dar campanadas en mi oído.

Sytta le contempló admirada.

—Piensa usted en todo —dijo.

—Por eso estoy vivo. Bien, siga durmiendo...

—¿Reconoció al asaltante?

—No, aunque sí al que le había pagado para que entrase en la habitación. Era un tipo muy gordo; espero que la carrera que se ha dado para escapar, no le cause ningún daño.

—¡Mohel! —exclamó ella.

—El mismo.

De pronto, sonaron voces en el exterior.

—¡Eh, aquí hay un cadáver!

—Es la patrulla nocturna —bisbiseó Dowmer.

—Entonces, el ladrón...

—Está muerto —dijo otra voz—. ¿Le conoces?

—Sí, era un tal Ruckey Donner, ladrón profesional. Debe de haber algún cliente rico en el hotel... Seguro que sujetó mal el gancho y cayó cuando ya estaba arriba...

Dowmer se dirigió hacia la puerta.

—¡Si le preguntan, diga que no sabe nada —indicó.

—Conforme, Alonzo.

Por la mañana, se reunieron a desayunar.

—¿Está lista? —preguntó el.

—¿Para qué? —quiso saber ella,

—En Ohatar ya no tenemos nada que hacer. Hemos de buscar la *Blonde Jane*.

—Bien, no puedo hacer otra cosa que seguirle —sonrió Sytta.

—Partiremos mañana sin falta. Helya y su cuadrilla tardarán todavía un par de días más en llegar. Su nave puede ser mayor, pero no más veloz que la nuestra.

—Ojalá salga todo como dice —deseó la muchacha,

—Eso espero. Ah, una noticia interesante. Mohel ha muerto.

—¿Le ha asesinado?

Dowmer se echó a reír.

—No, mujer, no piense tan mal. Anoche tuvo que correr en exceso. Su corazón estaba envuelto en toneladas de grasa. Imagínese el resto.

Ella movió la cabeza.

—Plowiss se llevará un buen chasco cuando lo sepa —-dijo.

—Seguro —contestó él, con acento indiferente.

Dull Plowiss entró en el cuarto y cerró de un tremendo portazo.

—¡La viuda de Mohel no sabe nada! —exclamó.

Helya estaba peinándose frente a un espejo.

—¿Qué es lo que tiene que saber? —preguntó.

—Me refiero a Sytta y al hombre que la acompaña. La señora Mohel niega que estuvieran en su casa...

—Pudieron acudir a sus oficinas.

—Tampoco allí estuvieron. Pero llegaron a Ohatar y no se les encuentra por ninguna parte.

Alguien entró en aquel momento. Era un hombre joven, apuesto, de unos treinta y cinco años.

—Traigo noticias —dijo Yosty Lurran.

Helya sonrió.

—Dull, dije que tenía unos empleados muy eficientes —manifestó.

—Está bien. Hable, Yosty —dijo Plowiss malhumoradamente.

—Dowmer y la chica abandonaron Ohatar hace tres días. El registro del astropuerto indica que tomaron la misma órbita que la *Blonde Jane*.

—¡Eso no nos importa en absoluto...

—Nos importa más de lo que crees, Dull—cortó Helya—. Si encuentran la nave, podemos vernos en un serio compromiso.

—Viajan en un cacharro muy rápido —alegó Lurran.

—¿No podremos alcanzarles? —preguntó ella.

—Forzando los propulsores... Pero creo que si le coló-casemos en el exterior del casco unos cohetes suplementarios, de larga duración, podríamos ganar velocidad suficiente en un momento dado.

—Eso costará dinero —rezongó Plowiss.

—Paga —exigió Helya fríamente.

Plowiss se encaminó hacia la puerta.

—Extenderé un cheque —dijo—. ¿Cuánto, Yosty?

—Medio megafranco, señor —contestó Lurran respetuosamente.

Plowiss lanzó un bufido y pegó el segundo portazo en pocos minutos. Al quedarse solos, Helya y Lurran rompieron a reír.

—Pobre tonto —dijo ella.

Lurran la abrazó.

—¿Cuándo, preciosa?

Los ojos de Helya despidieron un extraño destello.

—Yo te diré cuándo —murmuró, un segundo antes de permitir que los labios de Lurran aplastaran vorazmente los suyos.

—Pero no será muy tarde, supongo —dijo el hombre.

—Es preciso aguardar el momento oportuno —contestó ella^. Ah, si me ves coquetear con Plowiss, no te pongas celoso.

—No sé si podré aguantarme...

Helya se separó bruscamente de él.

—Me gustas mucho, muchísimo, Yosty Lurran, pero si por unos celos que no tienen razón de ser, estropeas mis planes, lo perderás todo. Métete esto bien en la cabeza y no lo olvides ni por un momento.

Lurran se echó a reír.

—Bueno, en realidad, lo que yo quería decir es que me sabría muy mal, pero que comprendo que... debes desempeñar tu papel...

En realidad, Lurran pensaba: «En cuanto esto haya acabado, sabrás quién es el que manda aquí.»

—Así me gusta, Yosty —contestó ella, ofreciéndole de nuevo la boca, generosa.

Y mientras se dejaba besar, pensaba: «Si este idiota cree que un día va a convertirse en el amo de todo, está muy equivocado.»

Un buen rato después, Helya hizo una pregunta a su acompañante:

—Yosty, ¿puede llevar torpedos nuestra nave?

—No lo sé. Tendré que consultárselo al capitán Simms. ¿Cuántos, en todo caso?

—Con dos habría bastante, si la cabeza-guía se programa adecuadamente.

—Bien, hablaré con Simms y ya te diré algo más tarde.

Helya sonrió y le besó en la punta de la nariz.

—Creo que tú y yo vamos a hacer cosas muy grandes —dijo.

—No te quepa la menor duda —confirmó Lurran.

* * *

—Así da gusto viajar por el espacio —dijo Sytta con sarcástica entonación, apoyada en una jamba de la puerta.

—Psé, no se está mal del todo —contestó Dowmer, tumbado en su hamaca de cuerda, bajo la lámpara ultravioleta.

—Yo pensé que nos dedicábamos a buscar el rastro de la *Blonde Jane.* Pero si te entregas a la vagancia...

—Oh, me tuteas y todo —sonrió él, bajo las gafas oscuras—. Preciosa, estoy haciendo como el pescador de caña, situado al pie de un árbol, con la caña hincada en el suelo y el sombrero sobre los ojos. Algunos, incluso, utilizan un cascabel para que les despierte cuando pique un pez.

—No veo aquí ningún cascabel, ni tú estás pescando...

—Metafóricamente, sí; trato de pescar una nave. Por favor, ¿quieres alcanzarme el vaso de refresco? Se me ha quedado un poco lejos.

Ella le entregó el vaso.

"Si quieres, buscaré un *flabellum,* con plumas de avestruz —dijo—. Es decir, suponiendo que sepas lo que es un *flabellum.*

—Estás muy versada *en* historia antigua de la Tierra. Eran esos enormes abanicos que las esclavas etíopes movían para que la reina Cleopatra se sintiese fresca.

—Mi padre era oriundo de aquel planeta. Teníamos en casa numerosos libros y cintas grabadas..., pero estábamos hablando de pesca, me parece.

—Ah, sí —dijo él, después de un buen trago—. En primer lugar, tienes que saber que la *Blonde Jane* desapareció en una órbita planetaria, o sea, dentro de este sistema. Desde Ohatar debía haber llegado a la estación subespacial del XXVIII Sistema, situada, como sabes, a unos doscientos millones de kilómetros.

»Es de suponer que el capitán programó el rumbo una vez despegó "de Ohatar y ese rumbo debía llevarle a la estación subespacial, que es donde se controlan los saltos subespaciales, que permiten a una nave recorrer en pocos minutos varias decenas de años luz. De otro modo, los viajes siderales resultarían

interminables.

—Todo eso lo sé, Alonzo. ¿Qué más?

—En Rhondus oímos hablar de un asteroide que alguien construyó. Yo me imagino que ese alguien lo que hizo, en realidad, fue juntar varios pedruscos espaciales de regulares dimensionas, para que formasen un asteroide de cierto volumen. Es una labor más que difícil, algo dura, pero en absoluto imposible.

—¿Y...?

—Tengo el Anuario Astronómico del XXVIII Sistema, con las órbitas de todos los asteroides conocidos, cuyo diámetro máximo supera los cincuenta metros. En ese Anuario se especifican con toda claridad las órbitas de esos asteroides. En estos momentos, una computadora estudia las órbitas y descarta las que no coinciden con la que debía seguir la *Blonde Jane.*

Sytta alzó las cejas.

—Ahora comprendo —sonrió.

Dowmer apuró el vaso.

—Por tanto, la máquina trabaja en mi lugar..., quiero decir que la caña está, hincada en el suelo y que cuando pique el pez, esto es, cuando la computadora señale la órbita deseada, sonará el cascabel.

—Así ya está mejor... —asintió ella—. Dispénsame Alonzo.

—De nada, Sytta.

La muchacha alargó una mano.

—Te mereces otro refresco —dijo.

De pronto, se inclinó un poco y le besó por sorpresa en los labios.

—¡No hagas eso! —exclamó Dowmer vivamente.

Sytta se retiró, algo asustada.

—Pero, Alonzo, era sólo un gesto afectuoso...

—No lo repitas —gruñó él.

Sytta se marchó, sonriendo para sus adentros. Sentíase vivamente complacida,

ahora que comprendía la reacción de su acompañante.

Varias horas más tarde, sonó un ligero tintineo en la cámara de mando.

Dowmer corrió a lo largo del pasillo. Sytta se asomó a la puerta de su cámara.

—¿Ha picado el pez? —inquirió.

—Eso espero —contestó él, sin dejar de correr.

Sytta le siguió, invadida por la curiosidad. Dowmer llegó a la cámara y tiró de un papel que asomaba por la ranura correspondiente de la máquina, la cual daba así su respuesta escrita.

Ella intentó leer por encima de su hombro. De pronto, Dowmer lanzó una exclamación 'de rabia.

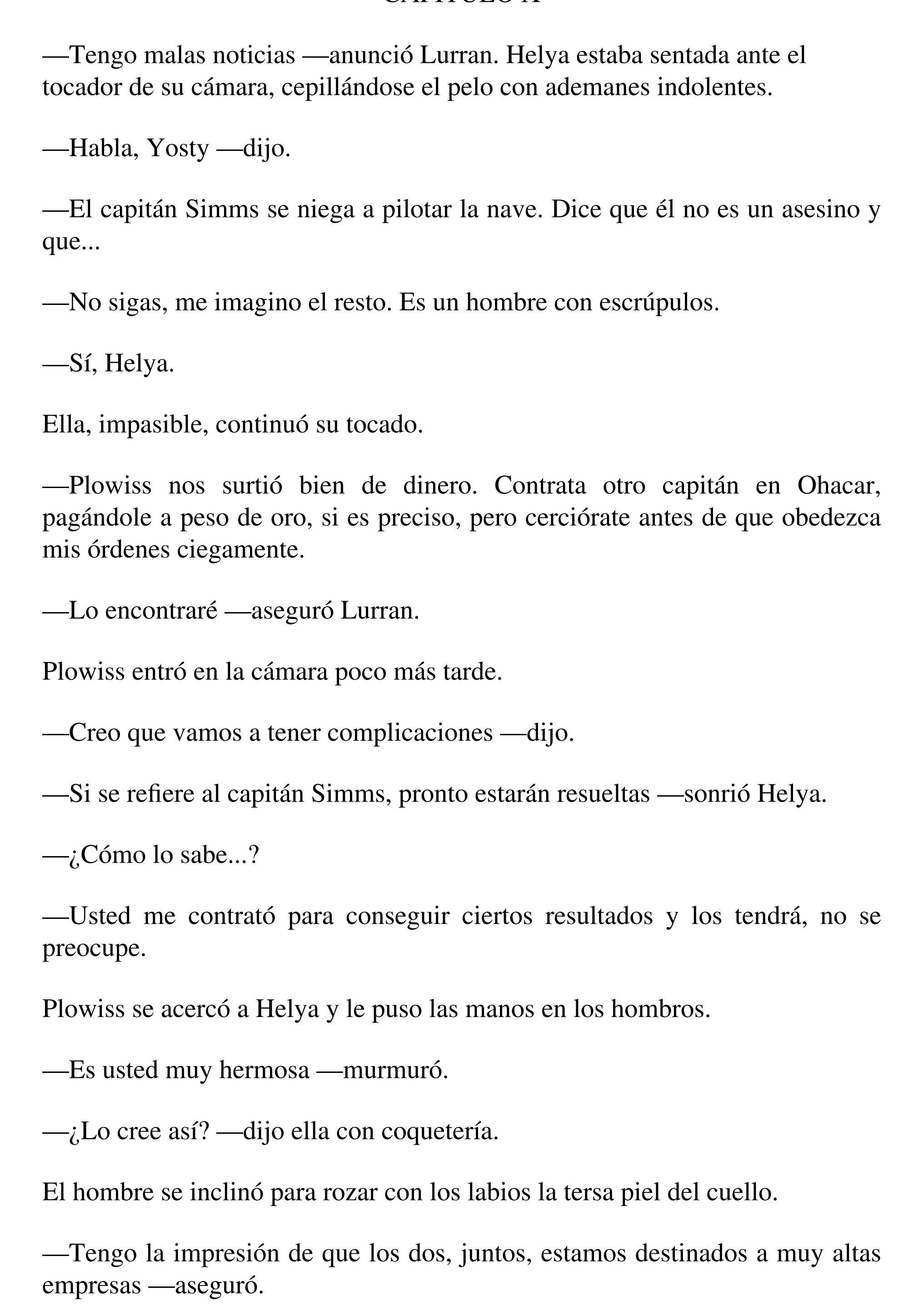
—¿Qué pasa? —preguntó la joven.

Dowmer le entregó el papel.

—Léelo tú misma —contestó sombríamente.

Los ojos de Sytta recorrieron las letras escritas que contenían la respuesta de la computadora:

«NO HAY NINGUNA ÓRBITA DE ASTEROIDE DEL XXVIII SISTEMA QUE COINCIDA CON LA UTILIZADA POR LA ASTRONAVE *BWNDV JANE* EN SU VIAJE HACIA LA ESTACIÓN SUBESPACIAL.»



CAPITULO X

—Tengo malas noticias —anunció Lurran. Helya estaba sentada ante el tocador de su cámara, cepillándose el pelo con ademanes indolentes.

—Habla, Yosty —dijo.

—El capitán Simms se niega a pilotar la nave. Dice que él no es un asesino y que...

—No sigas, me imagino el resto. Es un hombre con escrúpulos.

—Sí, Helya.

Ella, impasible, continuó su tocado.

—Plowiss nos surtió bien de dinero. Contrata otro capitán en Ohacar, pagándole a peso de oro, si es preciso, pero cerciórate antes de que obedezca mis órdenes ciegamente.

—Lo encontraré —aseguró Lurran.

Plowiss entró en la cámara poco más tarde.

—Creo que vamos a tener complicaciones —dijo.

—Si se refiere al capitán Simms, pronto estarán resueltas —sonrió Helya.

—¿Cómo lo sabe...?

—Usted me contrató para conseguir ciertos resultados y los tendrá, no se preocupe.

Plowiss se acercó a Helya y le puso las manos en los hombros.

—Es usted muy hermosa —murmuró.

—¿Lo cree así? —dijo ella con coquetería.

El hombre se inclinó para rozar con los labios la tersa piel del cuello.

—Tengo la impresión de que los dos, juntos, estamos destinados a muy altas empresas —aseguró.

—Sus Majestades, Dull I de Gea-12, y su esposa, la reina Helya, ¿no es así?

—La verdad, los títulos no...

—A mí, sí, me gustaría muchísimo, sobre todo, cuando hiciésemos viajes oficiales. Dull, empiece a idear unos trajes de corte. Esto siempre impresiona a la gente.

—Si tanto lo desea...

De pronto, Plowiss la hizo ponerse en pie y la abrazó ardientemente. Helya no opuso la menor resistencia.

Varias horas más tarde, Lurran llamó por radio desde la ciudad.

-Ya tengo a nuestro hombre —dijo.

—¿Seguro? —preguntó ella.

—He comprobado su documentación. El capitán Wu-Ktai gobernará la nave, sin hacer preguntas capciosas.

—De acuerdo.

Helya dijo algo entre dientes. Estaban ya a punto de zarpar, en seguimiento de la pareja, cuando, inesperadamente, Simms había formulado unas objeciones sorprendentes, con las que no contaban en absoluto.

Abandonó su cámara, elegantemente vestida, llevando el brazo izquierdo parcialmente cubierto por el manto escarlata, que también cubría la mano. En el salón; Simms, con Plowiss, Erdus y Lami, hablaba a voz en cuello, protestando de algunas cosas que, a su juicio, no eran correctas.

—Capitán —dijo Helya.

—Señora — se volvió el interpelado.

—Me han informado de que se niega usted a montar los torpedos.

—Así es, señora. Nunca he mandado una nave pirata y ahora no voy a...

La mano derecha de Helya entró bajo el manto. Cuando salió, empuñaba una pistola, que chasqueó tres o cuatro veces.

Simms gritó un poco, manoteó y acabó por rodar bajo la mesa.

Erdus, Jean, arrojaremos su cuerpo al espacio, después de despegar —dijo Helya.

—Sí, señora —asintieron los' esbirros.

Plowiss estaba lívido.

—¿Era necesario? —Necesitábamos a Simms... —alegó débilmente.

—En esta nave, no se necesita a nadie que no esté dispuesto a obedecer ciegamente. Tus órdenes y las mías, claro —sonrió ella con perversidad.

Plowiss asintió.

—Tenemos que alcanzar al capitán Dowmer y a su hermosa acompañante —siguió Helya—. Con Simms, no lo hubiéramos logrado. Ahora, Dull, saca tú mismo tus propias deducciones.

Erdus y Lami se llevaban ya el cadáver de Simms. Plowiss y la mujer quedaron a solas.

—Eres terrible —musitó él, todavía muy impresionado.

—Querido, cuando un reino no se hereda, es preciso conquistarlo por todos los medios —respondió Helya fríamente.

* * *

—Supongamos que encontramos la *Blonde Jane* —dijo Sytta—, ¿qué probaremos con ello, Alonzo?

—Tenemos muchas posibilidades, una vez hallada la nave. En primer lugar, debes recordar que fue asaltada por Ubu-Hart y sus piratas.

—Sí, lo sé.

—tos tripulantes de la *Blonde Jane* debieron de morir Sus cadáveres deben de estar todavía a bordo de la nave, convertida en ataúd flotante.

—No será un espectáculo agradable —se estremeció ella.

Impasible, Dowmer continuó:

—Una astronave no se asalta tan fácilmente como un antiguo buque de vela. Es de presumir que el capitán recelase algo. En todo caso, tuvieron que ver a la nave asaltante..., y el hecho quedó registrado en el diario de a bordo o cuaderno de bitácora, como prefieras.

—Pero los piratas pudieron destruir...

—No lo creo. Actuaron con mucha rapidez: les interesaba solamente el dinero. Mataron a la tripulación, se llevaron las cajas con los billetes y abandonaron la nave en el espacio.

—Quizá la destruyeron, volándola, para que no quedasen rastros comprometedores.

—En tal caso, la explosión habría sido detectada y registrada y una patrulla habría salido a investigar. No se hubiera tratado de una explosión vulgar, de unas docenas de kilos de explosivos convencionales, sino que los generadores nucleares habrían estallado también..., y sus radiaciones habrían llegado a los puestos de escucha más avanzados. Los asaltantes tenían que saberlo a la fuerza y, por lo tanto, abandonaron la nave, después de llevarse el botín.

Sytta se mordió los labios.

—Entonces, la nave órbita...

—Sin rumbo, vagando por el espacio. Pero, aunque no lo parezca, sigue la órbita que todo cuerpo celeste debe seguir en las inmediaciones de un astro.

—No entiendo —dijo la joven.

—En este sistema hay un sol tipo Tierra. Dieciocho planetas, más los satélites correspondientes, más los asteroides, siguen distintas órbitas en torno a ese sol. La *Blonde Jane* no puede ser una excepción.

Sytta abrió mucho los ojos.

—No se me había ocurrido...

De pronto, se oyó un ligero campanilleo. Una lámpara osciló vivamente en el cuadro de mandos.

Dowmer se precipitó sobre el panel de instrumentos. Instantes después, lanzó una interjección.

—¿Qué sucede? —preguntó Sytta, alarmada.

—Una grieta en el propulsor número tres. Está perdiendo presión rápidamente. —Dowmer movió una palanca—. Ya lo he desconectado, pero no podemos seguir en estas condiciones.

—Oh, no... —gimió ella.

Dowmer hizo una rápida consulta a la computadora. No tardó mucho en

recibir la información.

—Ethus-2 está sólo a siete millones de kilómetros —anunció—. Es un planeta habitable, con atmósfera respirable. No tendremos otro remedio que tomar tierra allí.

—¿Podrás reparar la avería?

—Eso espero.

Sytta estudió el rostro de Dowmer y adivinó que la respuesta que acababa de escuchar estaba inspirada más' por la esperanza que por la certidumbre.

La nave se posó lentamente en el suelo, apoyada en las patas del tren de aterrizaje. Dowmer asomó por la escotilla, armado con un potente fusil de caza, cuyos proyectiles eran capaces de abatir al animal de mayor envergadura. Pero no vio nada alarmante en el agradable panorama que se presentó a su vista.

La escalerilla se había desplegado automáticamente. Dowmer saltó al suelo. Sytta le siguió instantes después.

—Es bonito Ethus-2 —dijo.

—Un día será colonizado —manifestó Dowmer—, Por ahora, está deshabitado, pero todavía queda sitio en los otros planetas habitados del sistema.

Ella señaló un río cercano.

—Me gustaría bañarme —dijo.

—Antes de meterte en el agua, arroja el contenido de una lata de carne. En ese río puede haber peces carnívoros. No me gustaría verte sólo con el esqueleto.

—Me aprecias muy poco —se quejó ella.

—Por el contrario, te aprecio demasiado para que te suceda nada. Llévate también una pistola. A la menor señal de peligro, echa a correr hacia la nave.

—De acuerdo.

Dowmer se entró con ahínco a la tarea. Buscó el equipo de reparación y dejó el propulsor averiado al descubierto. Enfundado en su traje contra las radiaciones, examinó el tubo, en el que no tardó en encontrar la grieta que había causado la pérdida de presión.

Ahora sólo necesitaba conectar el soldador y tapar la grieta. Pero lo que había hecho no había sido cosa de unos pocos minutos y decidió temarse un pequeño descanso. A fin de cuentas, pensó, un día más o menos no tenía importancia.

La voz de Sytta sonó de pronto cerca del rio:

—¡Alonzo, ven!

Dowmer caminó con el fusil en la mano. Ella le miró desde el otro lado de unos altos arbustos, por encima de los cuales sobresalían sus redondos hombros.

—¿No te bañas? —sonrió ella.

—Sytta, ¿me desafías?

Los labios de la joven continuaban distendidos en una cálida sonrisa.

—¿No te sientes capaz de aceptar el desafío?

Dowmer se inclinó para dejar el fusil en el suelo. Luego empezó a quitarse los botones de la camisa.

De pronto, Sytta echó a correr. Dowmer entrevió un relámpago blanco, antes de que la joven se zambullera de cabeza en las claras aguas del río.

Dowmer sonrió.

—Esa chica... —murmuró.

Se quitó la camisa. Su torso musculoso quedó al descubierto. Pero antes de que continuara quitándose más prendas, oyó un grito cercano:

—¡Socorro, socorro...!

* * *

Dowmer recogió su fusil instantáneamente, a la vez que giraba en redondo, para localizar el origen de los gritos.

—¡Sytta, rio salgas! —ordenó.

Ella quedó sumergida en el agua hasta el cuello, agarrada a unas cañas de la orilla. Con ojos morbosamente fascinados, contempló al hombre que corría desesperadamente, perseguido por una enorme fiera, de piel listada a rayas

blancas y negras, semejante a un tigre terrestre, pero de envergadura muy superior.

Sytta captó un palo que sobresalía de uno de los costados de la fiera, de donde brotaba la sangre en abundancia. Se imaginó que el desconocido había intentado defenderse del felino, sin conseguir otra cosa que enfurecerlo más todavía.

Dowmer había apoyado ya la rodilla derecha en el suelo herboso. Con la mano izquierda hizo una señal. El hombre perseguido se lanzó al suelo en el acto y rodó varias veces sobre sí mismo.

El fusil tronó ruidosamente. La fiera rugió de forma atronadora, herida de muerte, pero en pie todavía, debido a su prodigiosa vitalidad. Dowmer hizo un segundo disparo, cuando el animal se disponía a descargar un terrible zarpazo sobre su presa.

La fiera se desplomó en el acto. El hombre perseguido se arrastró todavía unos pasos sobre la hierba y luego se puso en pie, sudoroso y jadeante.

—Gracias, amigo —dijo, a la vez que alargaba su mano derecha—. De verdad, me ha salvado usted la vida.

Dowmer contempló al individuo, cuyo pelo y barba aparecían muy crecidos. Las ropas se hallaban en pésimo estado, lo mismo que su calzado. En el cinturón que sujetaba sus destrozados pantalones, vio un cuchillo de monte, pero no otra clase de armas.

—Celebro haber podido ayudarle —sonrió Dowmer—. ¿Quién es usted, amigo?

—Jesse Altmyre, tercer oficial de la astronave *Blonde Jane* —fue la sorprendente respuesta que dejó estupefacto a Dowmer.

CAPITULO XI

Envuelta en una toalla, con el pelo chorreando agua, Sytta llegó a la carrera junto a los dos hombres. Altmyre abrió los ojos desmesuradamente al ver a la muchacha.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Sytta D'Oulv, administradora de Gea-12. Sytta, te presento al señor Altmyre, tercer oficial de la *Blonde Jane.*

—¡Dios mío! —exclamó la joven—. Un superviviente de... ¡Y nosotros creíamos que todos habían muerto!

—Yo tuve la suerte de salvarme, señora —manifestó Altmyre—. Pude escapar en una burbuja de salvamento, pero ya saben que esos cacharros son de autonomía muy limitada. Apenas si pude llegar a este planeta..., y desde entonces sobrevivo como un náufrago del espacio.

—Un auténtico náufrago — calificó ella,

—Altmyre, ¿qué pasó a bordo de su nave? —preguntó Dowmer.

—La verdad, no lo sé bien, señor —respondió el interpelado'—. Yo me hallaba en una de las cámaras de popa, revisando las existencias de víveres y pertrechos. Era el último viaje del capitán y quería presentar un inventario en regla. Oí gritos que anunciaban la inminente colisión con un asteroide... Francamente, señor, no soy un héroe. Agarré una de las burbujas que había en aquella cámara, presioné el mando de la escotilla de emergencia y salté al espacio.

—Es una actitud muy lógica y nadie le hará el menor reproche —aseguró Dowmer—. Pero, seguramente, vería algo una vez a salvo.

—Pues..., la verdad es que cuando me sentí un poco mejor, estaba ya a bastante distancia. Usted sabe cómo funcionan las burbujas de salvamento; en los primeros instantes, salen realmente disparadas, a fin de alejar a su ocupante lo más posible 'de una nave en peligro. No se pasa bien en esos momentos; demasiadas volteretas...

—Lo sé, lo sé —dijo el joven—. Pero llega un momento en que la burbuja se estabiliza, Altmyre.

—.Sí, señor. Cuando pude serenarme, no vi otra cosa que un asteroide en el

espacio.

—La *Blonde Jane* tuvo que chocar con ese pedrusco.

—Seguramente, pero yo estaba ya al otro lado y, además, la burbuja navegaba con muchísima rapidez. Antes de cinco minutos, ya había perdido de vista al asteroide.

—Entonces, no vio la explosión.

—No,-señor; le estoy contando todo .lo que pasó..., lo único que sé —declaró Altmyre.

—La *Blonde Jane* fue asaltada por unos piratas y su tripulación exterminada —intervino Sytta.

—Señora, le juro que es la primera noticia que tengo de ese horrible suceso —manifestó el náufrago—. Pero la tripulación tuvo que morir en el choque...

—La nave fue asaltada y robada. Los tripulantes fueron asesinados.

Altmyre se sintió muy impresionado por el tono grave de su interlocutor. El hombre que tenía frente a sí no bromeaba.

—Señor, ¿quién es usted? Todavía no me ha dicho su nombre...

—Llevo el mismo apellido que el capitán de la *Blonde Jane,* quien no tuvo la fortuna de ver cumplidos sus sueños de retirarse a una vida placentera y sin sobresaltos.

Sytta se llevó una mano a la boca, para no gritar. La otra estaba empleada en sujetar la toalla que cubría su cuerpo.

Ahora comprendía por qué Alonzo había dicho que tenía una cuenta por saldar.

—Usted es... —dijo Altmyre.

—El hijo del capitán Dowmer —confirmó Alonzo.

* * *

—No lo sabía, te juro que no lo sabía —dijo Sytta más tarde, mientras, en el interior de la nave, Altmyre cambiaba sus ropas destrozadas por otras nuevas y limpias.

—Para ti, no podía tener importancia.

—¡La tiene, Alonzo!

—Bueno, bueno, no te excites —sonrió él.

—Daría todo el dinero para que tu padre viviera...

—Pero está muerto y eso es algo que ya no se puede evitar. No te preocupes, insisto.

—Si te he de ser sincera, yo no intervine apenas en la entrega del dinero. Esto era propio del viceadministrador y yo ni siquiera vi a los tripulantes de la *Blonde Jane.* Había tenido que desplazarme a un poblado algo alejado, para dirimir un pleito.

—Ah, también eres juez.

—Normalmente, los contendientes suelen ponerse de acuerdo, sin necesidad de recurrir a mí. A veces, ocurre que ese acuerdo no se produce y entonces aceptan mi decisión.

—Vaya, por lo que se ve, Gea-12 no es el mundo tan paradisíaco que se cree.

—Lo es —insistió ella con calor—. Donde hay seres humanos, siempre habrá disputas. Pero allí se resuelven por medios pacíficos, sin llegar jamás a la violencia.

—Eso es altamente elogiable —convino él. De pronto, hizo saltar en la mano el cuchillo de caza de Altmyre—. Sytta, voy a hacerte un regalo.

Ella suspiró.

—¡Habías aceptado el desafío... —dijo melancólicamente.

Dowmer soltó una risita.

—Todo llegará, preciosa —contestó.

Sytta se había vestido ya.

—Alonzo, ¿cuál es el regalo? —preguntó.

—Algún día te gustará verla junto a la chimenea, mientras las llamas bailan alegremente y la lluvia golpea los cristales —respondió él—. ¿O no se enciende nunca la chimenea en Gea-12?

—Los inviernos son muy cortos, Alonzo.

—Eso los hace doblemente agradables, Sytta.

Dowmer caminó unos pasos y se arrodilló junto al felino muerto. Sytta comprendió entonces las palabras del joven. Era una hermosa piel y, como él había dicho, adornaría la sala, frente a la chimenea.

Más tarde, Dowmer se encaró con Altmyre, cuyo aspecto era notablemente distinto. Altmyre se había afeitado la barba y ahora presentaba un rostro juvenil y agradable.

—Tenemos un problema, Jesse —dijo Dowmer—. Hay una grieta en el propulsor número tres. El hombre que me alquiló la nave es de toda confianza, pero quizá no pensó en la fatiga del metal.

—O en un exceso de presión, señor. Si me permite, yo repararé la avería. Soy ingeniero astronáutico diplomado —declaró Altmyre orgullosamente. Miró a la joven y sonrió—. Ustedes pueden pasear mientras yo trabajo; cuando no aparecen los tigres, y no es cosa frecuente, aquí la estancia resulta muy agradable.

—Es una buena idea —aprobó Sytta, con ojos muy brillantes.

—Me resignaré —dijo Dowmer.

—En ese caso, te dejaré trabajar y me iré de paseo con Jesse...

—¡Eso no! —protestó él vivamente.

Sytta se echó a reír. Agarró la mano de Dowmer y tiró dé él.

—Anda, vamos —dijo. Un poco más adelante, añadió—¡; Pero si no quieres aceptar mi desafío, no te lo reprocharé.

—Sytta, prefiero esperar —contestó el joven.

Ella hizo un gesto de aquiescencia.

—Creo que tienes razón —convino—. Es preferible esperar..., a que no haya nubes en el horizonte.

—Estamos sobre la órbita de la *Blonde Jane* —dijo Dowmer, veinticuatro horas más tarde—. Según mis cálculos, nos hallamos a muy poca distancia del lugar donde se produjo el asalto. Jesse, ¿está seguro de que alguien mencionó un asteroide?

—Sí, señor, absolutamente —respondió Altmyre.

—Pero no había ninguno en la órbita de su nave. Consultamos a la computadora y su respuesta fue negativa.

—Alonzo, acuérdate de lo que averiguamos —terció Sytta—. Alguien «construyó» un asteroide.

—¡Construir un asteroide! —se asombró el muchacho—. Pero eso es imposible...

—Bueno, si se reúnen varios pedruscos, se podrá formar un asteroide de ciertas dimensiones. Resultaría trabajoso, pero no imposible —dijo Dowmer.

—Es fantástico. Pero, ¿por qué construir el asteroide, señor?

—La explicación es menos difícil que la fabricación de ese pedrusco, muchacho. La *Blonde Jane* tenía que estrellarse contra un asteroide. De este modo, su tripulación moriría instantáneamente y los asaltantes se evitarían los riesgos de una pelea, en la que podrían sufrir algunas bajas.

—El impacto contra el asteroide convertiría la nave en polvo, señor.

—Sí, si se tratase de un impacto frontal o, por lo menos, cruzándose las órbitas en ángulo recto. Pero empiezo a sospechar que ambas órbitas eran convergentes, con un ángulo muy cerrado, incluso menor de un grado. A altas velocidades, el vértice de ese ángulo estaría situado en el punto de impacto..., y éste no sería lo suficientemente fuerte como para destruir la nave por completo.

—Abriría alguna grieta en el casco y los tripulantes morirían instantáneamente —dijo Altmyre.

—Así es como creo que ocurrió la cosa —respondió Dowmer—. Y ahora, la *Blonde Jane* órbita en el espacio, ligada al asteroide casi artificial.

—Un plan muy bien tramado —dijo Sytta.

—Eso demuestra que hay un cerebro criminal de primera clase —manifestó Altmyre—. Pero, ¿valía la pena el asalto por conseguir dos megafrancos? Ejecutar el plan, muy bien elaborado, por supuesto, debió de costar muchísimo tiempo y dinero.

—Jesse, lo que está en juego no son dos megafrancos, sino doscientos mil o tal vez más. El asalto a la *Blonde Jane* no era sino la primera y necesaria parte

del plan para conseguir la propiedad de Gea-12.

—Estuve allí —dijo el oficial—. Quizá un día solicite ser admitido como ciudadano de ese planeta. Me gusta muchísimo..., y hay una chica encantadora que..

Dowmer se echó a reír.

—La administradora de Gea-12 le concederá ese título, Jesse —aseguró.

—Está concedido ya..., aunque todo depende de que consiga anular la decisión de la subasta —dijo Sytta.

—Pero hay algo que no acabo de entender, señor —exclamó Altmyre, después de que supo con detalle todo lo ocurrido—. ¿Cómo piensan encontrar la *Blonde Jane?* Está perdida en el espacio...

—Jesse, la nave órbita ahora unida al asteroide —respondió Dowmer—. Y el asteroide es un cuerpo celeste que, como todos, órbita en torno al sol del sistema planetario al que pertenece.

—Creo que entiendo, señor.

—Gea-12 es un planeta tipo Tierra, cuya velocidad orbital es de unos veintinueve kilómetros por segundo. Los otros planetas se mueven con velocidades distintas, por supuesto, dependiendo todo ello de su distancia al sol. Pero no creo que ningún cuerpo celeste de este sistema se -mueva a una velocidad superior a los cien o ciento cincuenta kilómetros por segundo..., ¡y nosotros podemos alcanzar los doscientos ochenta mil!

Helya Bray entró en la cámara de mando, en la que el capitán Wu-Ktai vigilaba atentamente los instrumentos.

—¿Ninguna señal todavía?

—No, señora.

—Esto se retrasa —dijo ella, impaciente.

—Lo siento. No sé qué ha podido suceder, pero rebasamos el punto donde deberían hallarse. Estoy barriendo el espacio con el radar de largo alcance; sin embargo, en cincuenta millones de kilómetros no capto la menor señal de una astronave.

—¿Se habrán escondido?

Wu-Ktai hizo un gesto ambiguo.

—Tal vez trazan grandes zigzags para eludir la detección —contestó—. De todos modos, tengo la impresión de que no tardaremos mucho en captar sus ecos.

—Su nave corre tanto como la nuestra, capitán.

—Tenemos unos cohetes suplementarios, que pueden proporcionarnos unos doce mil kilómetros más por segundo. Les alcanzaremos, señora.

—¿Y los torpedos? Yo no entiendo mucho, pero si volamos casi a la velocidad de la luz, los torpedos no se despegarán apenas de la nave.

—Entonces, perderé un poco de velocidad. Los torpedos se nos adelantarán a unos doce mil kilómetros por segundo más que nosotros y quince o dieciséis mil más que su nave. Dispararé a millón y medio de kilómetros y, puesto que vuelan a doscientos ochenta mil, no tendrán tiempo de realizar una maniobra de evasión.

Helya palmeó con fuerza los hombros del astronauta.

—¡Bravo, así se habla, capitán! Pero le diré una cosa.

—Sí, señora.

—No dispare los torpedos hasta que yo se lo ordene.

—Muy bien, señora.

Lurran había oído la conversación desde la puerta.

—'¿Cuál es tu plan? —preguntó en voz baja.

Ella le guiñó un ojo.

—Espera que tengamos la nave de Dowmer a la vista y lo sabrás —contestó sibilinamente.

* * *

En la nave de Dowmer, el radar registró súbitamente un pequeño eco.

Sentado frente a los instrumentos, Altmyre estudió unos instantes la pantalla y luego tocó una tecla.

—Señor —llamó—, siento interrumpir su sueño, pero creo que tenemos el blanco a la vista.

Dowmer lanzó una exclamación de sorpresa. Inmediatamente, empezó a vestirse.

Un minuto después, se hallaba frente a la pantalla del radar.

—El eco es muy pequeño —dijo.

—Corresponde a una astronave de las características de la *Blonde Jane,* señor.

—Pero, el asteroide...

Sytta entró en aquel momento, vestida con una bata.

—Ha oído algo sobre un blanco a la vista —dijo.

—Mira —señaló Dowmer.

—¡La *Blonde Jane!*

—Seguro, no puede ser otra. Pero me preocupa el asteroide...

—Quizá se separó, ¿no crees?

—La distancia resulta excesiva para conectar el telescopio —declaró Altmyre —. Tendremos que aguardar un poco 'todavía.

—Jesse, lo que debe hacer es ir reduciendo velocidad — aconsejó Dowmer—. No olvide que volamos mucho más aprisa y que conviene equiparar ambas órbitas.

—Sí, señor.

—-¿Cuánto cree que tardaremos en estar junto a la *Blonde Jane?*

—Una hora, señor, aproximadamente.

—Está bien. Sytta, prepara algo de café. Luego nos pondremos los trajes espaciales.

—Sí, Alonzo.

Treinta minutos más tarde, Altmyre lanzó un grito:

—¡Señor Dowmer, venga, pronto!

El joven 'corrió hacia la cámara de mando. Altmyre había conectado ya el telescopio, cuyas imágenes se reflejaban en una pantalla de gran tamaño, en colores absolutamente reales.

—Increíble — dijo>—. El asteroide está ahí...

—Pero el radar sólo registra el eco de una astronave —-manifestó Altmyre—. No acabo de comprender lo que sucede, se lo aseguro.

Sytta acudió también.

—Ese asteroide es enorme —dijo.

—-Unos quinientos metros en su eje mayor —calculó Altmyre.

—Vemos el asteroide, pero no la nave. ¿Dónde está?

—No lo sé, pero captamos su eco en el radar. Esto es incomprensible —dijo Dowmer, irritado.

—Yo tampoco lo entiendo —manifestó Altmyre, no menos desconcertado que el joven.

—Jesse, ¿cuánto nos falta para equiparar las órbitas?

—Aproximadamente, un cuarto de hora, señor.

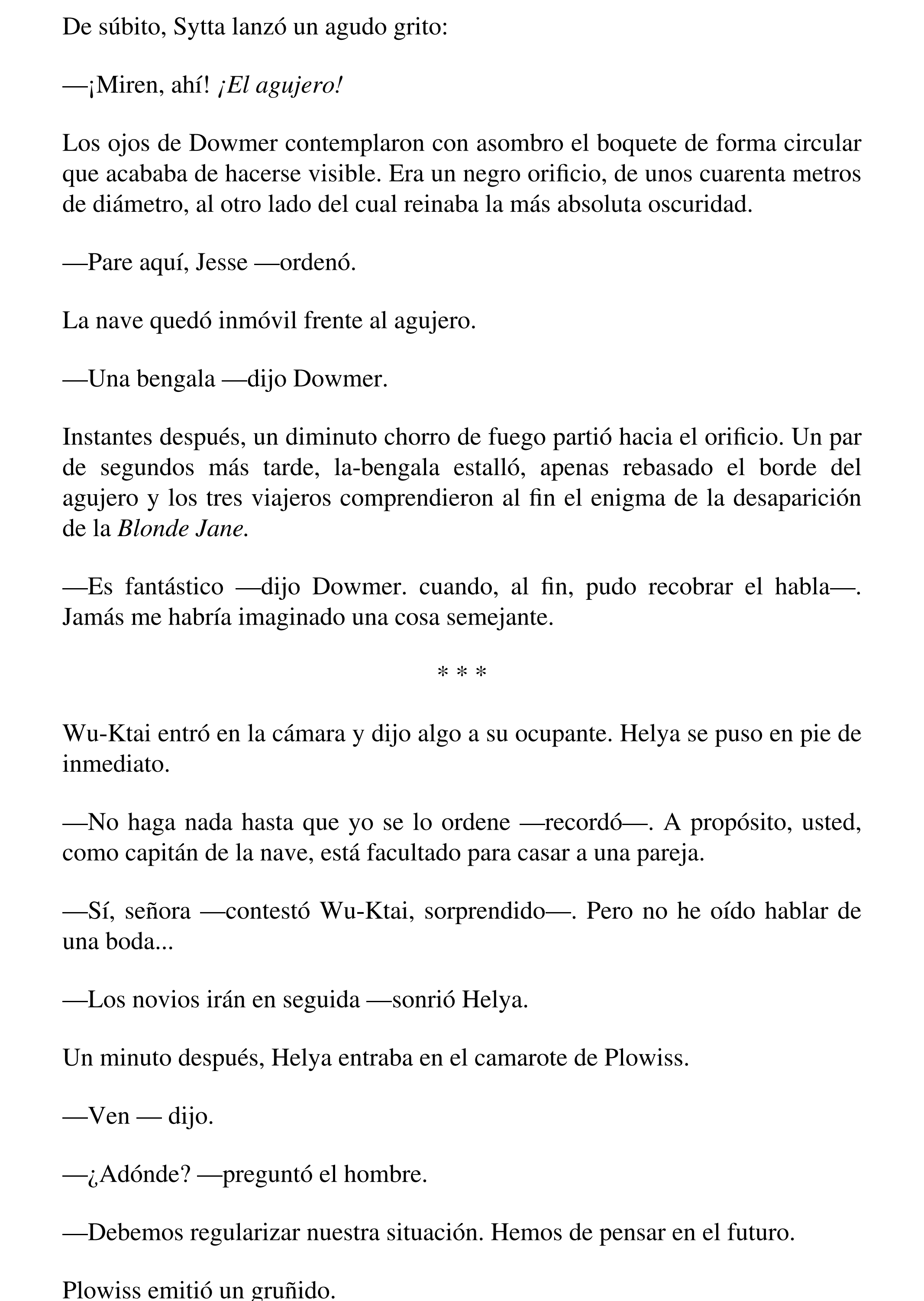
—Bien, cuando eso suceda, sitúese a quinientos metros del asteroide. Daremos una vuelta completa alrededor..., y entonces veremos qué pasa. Mientras tanto, terminaré de vestirme.

—Yo también —dijo Sytta.

Quince minutos más tarde, la nave y el asteroide parecían flotar inmóviles en el espacio. Altmyre demostró su pericia, situándose a -medio kilómetro del objetivo, para, inmediatamente, dar comienzo a la vuelta a su alrededor.

La superficie del asteroide era claramente visible a ojo desnudo. Dowmer estudió detenidamente los menores detalles de aquel cuerpo celeste, cuya estructura externa se le antojó un tanto rara.

—Ahí no parece que se hayan reunido unos cuantos pedruscos para formar uno solo —dijo.



De súbito, Sytta lanzó un agudo grito:

—¡Miren, ahí! *¡El agujero!*

Los ojos de Dowmer contemplaron con asombro el boquete de forma circular que acababa de hacerse visible. Era un negro orificio, de unos cuarenta metros de diámetro, al otro lado del cual reinaba la más absoluta oscuridad.

—Pare aquí, Jesse —ordenó.

La nave quedó inmóvil frente al agujero.

—Una bengala —dijo Dowmer.

Instantes después, un diminuto chorro de fuego partió hacia el orificio. Un par de segundos más tarde, la-bengala estalló, apenas rebasado el borde del agujero y los tres viajeros comprendieron al fin el enigma de la desaparición de la *Blonde Jane.*

—Es fantástico —dijo Dowmer. cuando, al fin, pudo recobrar el habla—. Jamás me habría imaginado una cosa semejante.

* * *

Wu-Ktai entró en la cámara y dijo algo a su ocupante. Helya se puso en pie de inmediato.

—No haga nada hasta que yo se lo ordene —recordó—. A propósito, usted, como capitán de la nave, está facultado para casar a una pareja.

—Sí, señora —contestó Wu-Ktai, sorprendido—. Pero no he oído hablar de una boda...

—Los novios irán en seguida —sonrió Helya.

Un minuto después, Helya entraba en el camarote de Plowiss.

—Ven — dijo.

—¿Adónde? —preguntó el hombre.

—Debemos regularizar nuestra situación. Hemos de pensar en el futuro.

Plowiss emitió un gruñido.

—No entiendo...

Ella agarró su mano y tiró hacia afuera del reticente individuo.

—Ven —insistió.

Plowiss se dejó hacer. Antes de que pudiera reaccionar, se encontró delante del capitán de la nave, quien le preguntó si quería a Helya Bray como esposa.

—¡Casarme yo! —barbotó Plowiss—. ¡Esa mujer está loca!

De pronto, sintió en la espalda el contacto de algo duro.

—Dull, diga que sí —murmuró una voz junto a su oreja derecha.

Plowiss tragó saliva. Empezó a pensar que, pese a su astucia, había ido a caer en un nido de serpientes.

—Bueno, diré sí. Un divorcio es fácil...

—No hable de divorcio, cuando se está casando —le reprendió el capitán—. Helya Bray, ¿quiere usted como esposo a Dull Plowiss?

—Sí, quiero.

—Entonces, les declaro marido y mujer.

Lurran .presentó un acta y todos los presentes firmaron en ella, después de que lo hubieran hecho los novios.

—Felicidades —dijo el capitán.

—¡Felicidades, un cuerno! —tronó Plowiss—. Si alguien piensa que tengo la intención de admitir este matrimonio...

Helya guardó el acta en su escote.

—Yosty, lleva a mi esposo a la cámara nupcial —ordenó.

—Sí, señora Plowiss —contestó Lurran muy serio.

Plowiss seguía protestando todavía cuando Lurran le hizo entrar en un pequeño departamento. Demasiado tarde se dio cuenta que aquel departamento no tenía nada de cámara nupcial.

Era una esclusa de salida al espacio. La compuerta externa se abrió y Plowiss murió en pocos segundos.

Lurran volvió a la cámara de mando.

—Señora, lamento comunicarle una mala noticia —dijo—. Su esposo, aturdido por la felicidad, se equivocó de puerta y...

—¡Qué desgracia! —exclamó Helya cínicamente.

—Después de todo, es una desgracia muy llevadera. Usted es ahora la heredera de todo cuanto poseía el difunto señor Plowiss.

—Sí, eso consolará mi dolor — admitió ella, a la vez que se volvía hacia Wu-Ktai—, ¿Listo, capitán?

—.SI, señora.

—En tal caso, dispare sus torpedos.

CAPITULO XII

Con gran lentitud, Altmyre hizo maniobrar a la nave, hasta que hubo pasado al otro lado del agujero. Los reflectores externos disiparon ¡la oscuridad y permitieron ver sin dificultades lo que había en el interior del asteroide.

—Ahora lo comprendo todo —dijo Dowmer—. Fue Bray el constructor de este asteroide... de plástico.

—Y por eso decía el oficial de guardia que el radar no daba ningún eco, pero que podía ver al asteroide —exclamó" Altmyre.

Los ojos de Dowmer recorrieron el interior de aquella singular construcción. Posiblemente, pensó, algún gas a presión había ayudado a mantener la forma externa del asteroide artificial, gas que había escapado luego en el momento del impacto. Pero había una gran cantidad de larguísimas vigas, que formaban un entramado adecuadamente diseñado para conferir más resistencia a la estructura del asteroide. Todas las vigas eran también, supuso Dowmer, de plástico, con lo que la detección por radar no se había producido.

La *Blonde Jane* flotaba en el centro de aquella masa, sostenida por una enorme red. Dowmer vio más redes rotas y supuso que habían sido colocadas allí como freno para detener la nave e impedir que saliera por el lado opuesto.

En uno de los costados de la astronave divisó un boquete. Alguien había disparado un proyectil perforante, y posiblemente no había sido el único, con lo que la muerte de los tripulantes se había producido de forma inexorable.

—Debieran haber volado la *Blonde Jane* —exclamó Sytta.

—Ya te dije que no podían hacerlo: la explosión de los propulsores habría sido detectada y lo que ellos querían era que el suceso permaneciese en el mayor de los misterios.

Ella asintió. Dowmer hizo que Altmyre acercase la nave lo más posible.

—Vamos a pasar ahí adentro —dijo—, Jesse, usted mantenga la vigilancia en todo momento. Plowiss y su banda de granujas deben andar pisándonos los talones.

—Sí, señor.

—Mantendremos comunicación por radio, a través de los cascos. No se descuide, muchacho.

Minutos después, Dowmer y Sytta pasaban al interior de la *Blonde Jane.* El frío espacial había conservado perfectamente los cadáveres de sus tripulantes, muertos todos ellos por asfixia y descompresión.

Dowmer se detuvo ante el cadáver que había en el puente de mando. Sytta respetó el dolor del joven, al hallarse ante el cuerpo inanimado de su padre.

Los generadores auxiliares funcionaban todavía, por lo que había luz en el interior de la *Blonde Jane.* Al cabo de unos minutos, Dowmer tocó algunos controles. La nave podría volar todavía, se dijo.

Sobre la consola de mando, había un libro. Dowmer se lo pasó a la muchacha.

Era el diario de a bordo. Sytta leyó la última anotación:

> «...un asteroide surgió de pronto en nuestra órbita, sin que pudiéramos detectarlo... Creíamos chocar contra él, pero resultó ser un asteroide de plástico. Varias redes muy fuertes frenaron nuestra marcha... Ahora disparan contra nosotros... No sé qué clase de proyectiles...»

Eran las últimas frases escritas por el capitán Dowmer.

—Ni siquiera tuvieron tiempo de defenderse —dijo el joven.

—¿Cómo? ¿Tenían armas? —se asombró Sytta. Dowmer señaló un pequeño panel del cuadro de instrumentos.

—Cuatro pequeños torpedos desviadores —dijo.

—Creo que comprendo. Desvían los proyectiles, pero tu padre no pudo hacerlo. ¿Por qué?

—'Seguramente, no tuvo tiempo. Debía de haber una enorme confusión a bordo. Y todo fue tan rápido...

—¡Alonzo! —sonó de repente la voz de Altmyre—. El radar registra dos ecos que se mueven a enorme velocidad. Vienen derechos hacia nosotros.

Dowmer respingó.

—Son ellos y nos han localizado —dijo—. Si los generadores conservan todavía suficiente potencia, podemos considerarnos salvados.

—¿Y si no es así? —preguntó Sytta con un hilo de voz.

—Entonces, prepárate a morir.

Ella inspiró profundamente.

—Me fastidia llevar puesto este traje —se quejó.

—¿Por qué? —preguntó Dowmer, muy ocupado en manejar el panel de lanzamiento de los torpedos desviadores.

—Ahora podrías ponerme el brazo en la cintura, yo apoyaría la cabeza en tu hombro..., pero con el traje espacial y el casco y los depósitos de aire a la espalda, no se puede hacer... —hipó Sytta—. Ni siquiera puedo sonarme la nariz...

—¡Caramba, todavía no estamos perdidos! —protestó él.

—¡Torpedos acercándose a velocidad máxima! —anunció Altmyre por la radio.

—¿De qué tiempo disponemos? —preguntó Dowmer. —Diez segundos, máximo.

—Sobran ocho.

Dowmer apretó el botón de lanzamiento. Por la proa de la *Blonde Jane* salieron cuatro rayas paralelas, apenas visibles debido a su fulgurante velocidad, que aumentaba vertiginosamente.

—Ya no nos queda sino rezar —murmuró él, con la vista fija en el radar de seguimiento.

Los torpedos habían atravesado sin dificultad la delgada cascara del asteroide artificial. A pocos miles de metros, equilibraron sus trayectorias, formando dos parejas que navegaban paralelamente. La distancia entre los torpedos de cada pareja no era superior a los treinta metros.

A diez kilómetros de distancia, un torpedo de cada pareja disparó un delgado cable conductor, que conectó con .la cabeza del otro torpedo. Ocho segundos después de haber sido disparados, las parejas de torpedos alcanzaron los proyectiles enemigos.

Las cabezas de los torpedos atacantes rompieron el cable conductor, pero fue suficiente.

—¡Desviación iniciada! —anunció Altmyre a los pocos instantes.

Dowmer tenía la vista fija en la pantalla de su propio radar. Los ecos de los torpedos enemigos iniciaron un trazo ascendente, que desapareció a los pocos segundos.

—Han pasado por encima de nosotros, a menos de mil metros —dijo.

Sytta se sentía estupefacta.

—¿Cómo ha sido posible una cosa semejante? —preguntó.

—Los torpedos desviadores no llevan carga explosiva —explicó él—..Su radar de contacto los guía hacia el blanco, por parejas unidas entre sí por medio de un cable conductor, que es cortado por el proyectil enemigo en el momento del contacto. Ese cable, durante una fracción de segundo, envía a la cabeza directora del torpedo una potente descarga eléctrica, que influye en los mecanismos de guía, alterándolos en sentido inverso. Eso es todo, preciosa.

—Nos hemos salvado —dijo Sytta, muy aliviada.

—Nosotros, sí.

—¿Qué quieres decir, Alonzo?

—Recuerda lo que acabo de explicarte. En sentido figurado, les hemos devuelto la pelota.

—¡Oh!

Sytta calló un instante.

—Entonces, ellos...

—A menos que dispongan de torpedos desviadores, están perdidos. Y no creo que los tengan. La *Blonde Jane* disponía de dos parejas, debido a su peculiar misión.

—Alonzo, creo que podríamos avisarles...

—Eres una buena chica, pero ya no serviría de nada —dijo él

Sytta se estremeció. Sus perseguidores estaban condenados.

Nada se podía hacer por ellos. Y, a fin de cuentas, era justicia.

—¡Los torpedos no han alcanzado el blanco! —gritó el capitán Wu-Ktai.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Helya.

—No lo sé, algo los ha desviado de su trayectoria...

Lurran frunció el ceño.

—Siento no haber tenido tiempo de buscar un capitán con más experiencia —dijo.

—¡No me insulte, Yosty! —protestó Wu-Ktai— He hecho lo que he podido.

—Capitán, ¿qué es eso que se ve en la pantalla? —exclamó Helya súbitamente.

Wu-Ktai fijó la vista en el radar y lanzó una maldición.

—Los torpedos describen un viraje de ciento ochenta grados —exclamó.

En el fondo de la nave, alguien preparaba una burbuja de salvamento. Erdus tenía unos enormes deseos de vivir.

Estaba junto a una escotilla. Agarró la caja que contenía la burbuja y golpeó con una mano el mando de apertura y con la otra hizo que se abriese la escotilla.

Erdus se sintió lanzado al espacio instantáneamente, envuelto en un trasparente globo, al que unos diminutos propulsores alejaron a gran velocidad de la astronave. La burbuja de salvamento contenía aire y provisiones en tabletas, para un par de semanas, además de una radio que emitía regularmente señales de llamada.

Desde su burbuja, Erdus vio de pronto dos vivísimos fogonazos. Cuando el resplandor se disipó la nave había 'desaparecido.

* * *

Dowmer registró los restos que se movían por inercia en el espacio y regresó a la nave.

—Todos muertos —dijo.

—¿Helya?

—Sí, y sus acompañantes. De Plowiss no hay el menor rastro...

—Señor —dijo Atlmyre en aquel momento—, estoy captando señales de una

radio de emergencia. Quizá alguien consiguió salvarse.

—Muy interesante —exclamó Dowmer—. Vamos a localizar a ese náufrago.

Media hora más tarde, volaban en torno a la burbuja. Erdus les hizo señas desesperadas con las manos.

—¡Sálvenme! —gritó a través de su transmisor de radio, que formaba parte del equipo de la burbuja—. Lo contaré todo...

Dowmer tomó el micrófono.

—Hable desde ahí, Erdus, y procure ser veraz, o pincharemos ese globo —dijo.

—Capitán, yo soy inocente; ella lo hizo todo..., mató incluso a su esposo...

—Pero si su marido había muerto —dijo Dowmer, atónito.

—Se casó con Plowiss y Lurran lo asesinó inmediatamente. Así, ella era la heredera de todo...

—¡Qué mujer! —se horrorizó Sytta.

Erdus habló todavía durante un buen rato. Cuando terminó, se sentía completamente desmoralizado.

—Hice un mal negocio cuando me uní a Hadee —se lamentó.

—Sobre eso, no cabe la menor duda. Bien, Erdus, vamos a rescatarle, pero viajará encerrado hasta Ohatar, en donde repetirá todas sus declaraciones. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Altmyre maniobró para acercar la nave a la burbuja. Minutos después, Erdus pasaba a bordo, sin ánimos para reaccionar.

Dowmer le encerró en un camarote. Luego se volvió hacia Altmyre:

—Jesse, rumbo a Ohatar —ordenó.

—Sí, señor.

* * *

El hombre descendió por la ladera de la colina, aspirando los gratos olores de la hierba fresca y de las flores. No lejos del arroyo, una hermosa muchacha se cuidaba de podar un seto.

Dowmer sonrió. Sí, realmente, Gea-12 era un mundo tan hermoso como su administradora lo había descrito.

El aire era fresco y limpio. A lo lejos, se divisaban unas montañas azuladas, con los picos blancos. Había ya hojas amarillentas en los árboles.

De pronto, Sytta se incorporó. Un brillo de júbilo apareció en sus hermosas pupilas.

— ¡Alonzo! —gritó.

Tiró las tijeras a un lado, se descalzó los guantes y echó a correr hacia el recién llegado.

—Has tardado mucho —se quejó.

—Tenía que hacer cosas ineludibles. Hemos corrido arriesgadas aventuras, pero lo peor de todo ha sido enfrentarme con la burocracia.

—No te han devorado, me parece —rió Sytta, colgada de su cuello.

—Estoy aquí. He traído un montón de documentos. Los he dejado en tu casa. Oye, me gusta mucho...

—A mí me gusta más tenerte a mi lado.

—Se ha confirmado definitiva y solemnemente la exención de impuestos para Gea-12, al menos, mientras el sistema actual de gobierno esté en vigor. No creo que nadie tenga interés en cambiarlo.

—Lucharíamos, si fuese preciso.

—Nadie lo cambiará. Gea-12 ha quedado bajo la protección de la Unión de Uniones. ¡Ah!, la subasta, anulada.

—Y todo eso lo has conseguido tú...

—Me autonombré secretario tuyo de Asuntos Exteriores. De algo tenía que servirme mi hoja de servicios... A fin de cuentas, lo que hice era también en beneficio del Ministerio.

—Entonces, has venido a quedarte.

—Si me concedes la ciudadanía, por supuesto.

—Jesse vino hace poco y encontró a su chica.

—Es un buen muchacho.

—Sí, pero hablemos ahora de nosotros, querido. Una vez te desafié...

Dowmer se inclinó y la besó suavemente en los labios.

—He venido para aceptar ese desafío —dijo.

Ella le dirigió una cálida mirada.

—Ahora resultará mejor —murmuró—. Ya no hay nubes en el horizonte.

—Es cierto. Oye, te he traído un regalo.

—¿Dónde está? —.preguntó Sytta ávidamente.

—Frente a la chimenea. Es una piel de tigre...

Sytta rió jubilosamente.

—Pronto llegará el invierno, aunque es muy corto —dijo—. Alonzo, no está bien que una administradora..., bueno, no es que te lo exija, pero..., me parece que yo debiera dar ejemplo...

—'¿Ejemplo? ¿De qué? —se extrañó él.

Sytta se lo dijo al oído. Dowmer asintió vivamente.

—Claro, preciosa. Pero podríamos hacerlo hoy, me parece —contestó.

Sytta se soltó de su cuello, agarró una mano masculina y tiró de él.

—El juez de paz está sólo a media hora de camino, a pie —dijo—. Y tiene todos los documentos preparados..., y testigos habrá de sobra...

—Chica previsora —rió Dowmer.

De pronto, pasó su brazo en torno al talle de la joven. Una ráfaga de aire perfumado agitó los cabellos de Sytta. Dowmer paseó la mirada por el paisaje circundante. Allí viviría siempre, junto a la que pronto iba a ser su esposa.

FIN